

UNAMUNO Y LA EDAD MEDIA

Para Vera Thiele, en su doctorado hispanístico.

Si tenemos en cuenta que la vida y la obra de don Miguel no consistieron esencialmente sino en una lucha agonística contra su misma duda y en pos de su —y la nuestra— supervivencia escatológica, no podemos extrañarnos de que la Edad Media, con su aguda sensación de exilio en la vida presente, como nota dominante, fuese uno de sus cariños. Hacer la historia de aquella constante en él sería hacerla toda. Y por eso ni siquiera se nos pasa por la imaginación, como tampoco dar referencias eruditas a la misma. Baste con citarle a él mismo, dejando que nos explique su tránsito de la religión a la escatología¹:

Ya dijo no sé dónde otro profesor, el profesor y hombre Guillermo James, que Dios para la generalidad de los hombres es el productor de inmortalidad. Sí, para la generalidad de los hombres, incluyendo al hombre Kant, al hombre James y al hombre que traza estas líneas que estás, lector, leyendo.

Y a propósito del voluntarismo de su fe inquieta, o si se quiere, duda agonística²:

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en El, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela

¹ *Del sentimiento trágico de la vida*, I; texto en *Obras Completas*, ed. García Blanco (Madrid 1958) XVI, p. 131. En lo sucesivo =O.C. En la página anterior, refiriéndose a Kant: "Kant reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido. Y es que sabemos, por testimonio de los que le conocieron y por testimonio propio, en sus cartas y manifestaciones privadas, que el hombre Kant, el solterón un sí es no es egoísta, que profesó filosofía en Königsberg a fines del siglo de la Enciclopedia y de la diosa Razón, era un hombre muy preocupado del problema. *Quiero decir del único verdadero problema vital, del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma.* El hombre Kant no se resignaba a morir del todo. Y porque no se resignaba a morir del todo dio el salto aquel, el salto inmortal, de una a otra crítica".

² *Mi religión*; O.C., XVI, 120. Y añade: "Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: 'Paradoja', los mentecatos y superficiales".

por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón. Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro. Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero "quiero" saber. Lo quiero, y basta.

De ahí la índole individualista de su postura vital, y su alejamiento de la sociología. Volvamos a leerle ³:

Para el Cristo y para los que con él creían en el próximo fin del mundo, eso del progreso carecía de sentido. No se progresa en santidad. No se puede ser hoy, en el siglo XX, más santo que se pudo ser en el siglo II o en el IV o en el XI. Un cristiano no cree que el progreso ayude a la salvación del alma. El progreso civil, histórico, no es un itinerario del alma a Dios. Y de aquí otra agonía para el cristianismo ⁴.

Pero no tenemos intención de desarrollar estos liminares, que sólo como introductorios de la justificación y relativa fecundidad del tema, hemos traído a colación. Volveremos sobre la cuestión cuando la Edad Media como período teológico nos ocupe.

Ahora hemos de recoger una confesión unamuniana: la de haberle gustado vivir en el medioevo.

En octubre de 1921, escribía *frente a Avila* ⁵:

¿En qué época quisiera haber vivido? ¡En todas! Ciertamente que siento predilección por la Edad Media y por la época de la Revolución Francesa, pero todas las edades son medias y en todas hay revolución.

Pero ya antes, en *El secreto de la vida*, en 1906, había escrito ⁶:

Tormento grande fue, sin duda, para un hombre en el siglo XIII haber nacido con alma del siglo XX, pero no es menor tormento tener que vivir en este nuestro siglo con alma del siglo XIII. Era entonces la misteriosa y terrible enfermedad de los conventos la *acedía*, aquella inapetencia de la vida espiritual de que, por otra parte, no se podía prescindir;

³ *Agonía del cristianismo*, VIII; *O.C.*, XVI, 524.

⁴ Sobre el ansia de inmortalidad, en relación con tal obsesión escatológica, véase su extenso análisis de *La quimera*, de la Pardo Bazán, en *O.C.*, XVI, 813 y 815: "Esa terrible ansia de renombre y fama, que abotó a los espíritus en la antigüedad greco-romana y que empezó a enloquecerlos en el Renacimiento, no es sino una enfermedad religiosa; es el modo de acallar la devoradora sed de persistencia eterna".

⁵ En *Andanzas y visiones españolas*; *O.C.*, I, 833. Sobre este capítulo, *Y además poeta...*, en *O.C.*, X, 559.

⁶ *O.C.*, III, 1038.

y quien lea con atención y sentido a los místicos, oirá con el corazón aquel tono profundo que suena a desgarrador sollozo que no brota del pecho, sino en él queda, y hace llorar hacia dentro. Pero hoy tenemos la *acedía* de la vida del mundo, la inapetencia de la sociedad y su civilización, y hay almas que sienten la nostalgia del convento medioeval⁷. Del convento medioeval digo, y no simplemente del convento, porque el de hoy es tan distinto del que era en el siglo XIII, cuanto es distinto de aquel siglo el nuestro. Y tengo para mí que las almas medioevales que hoy viven entre nosotros son las que más repugnan los claustros del siglo XX. De aquel hombre de secreto, de aquel misterioso danés que vivió en una continua desesperación íntima, de Kierkegaard, se ha dicho que sentía la nostalgia del claustro de la Edad Media.

Cierto que de momento, sólo una expansión cordial podemos ver en esas confesiones de don Miguel⁸. Es su verdadera postura hacia el medioevo que pasó la que nos proponemos escudriñar en las páginas que van a seguir. Pero anticipemos que no es posible dejarse llevar de su nunca desmentido liberalismo para tenerle, intelectualmente hablando se entiende, en la esfera de lo consciente, por incompatible con aquel. Así podría deducirse de alguna opinión suya⁹. Pero ya estamos acostumbrados a sus contradicciones tan vivientes como fecundas. El último año de su vida, el 26 de febrero de 1936, escribía en *Ahora*¹⁰:

Tal lo que hemos dado en llamar la Edad Media, tiempo, según los papanatas, de oscuridad y de barbarie. ¡Hay que oír lo que los pobretes entienden por feudalismo, por ejemplo! Tiempo en que la civilidad europea descansó digiriendo la cultura de la antigüedad grecorromana y de la judaica, aun de la índica. Y así pudo venir el recurso del Renacimiento.

⁷ En 1914 escribía en *Pequeña confesión cínica*: "He tenido siempre, además, un muy vigilante cuidado de no dejarme poner marca o hierro de ganadería política alguna, conservándome becerro orejano. O, si se quiere, monje *sarabaita*, según la clasificación que de ellos, de los monjes, da en su primer capítulo la Regla de San Benito"; *O.C.*, X, 290.

⁸ En *¡Vivir para ver!*, escribió en 1917: "Más de una vez, leyendo historias de la gran Revolución Francesa o del movimiento de la Reforma protestante o del Descubrimiento de América o de las Cruzadas, o de otro cualquier hecho histórico así, que ha sido como un hito en la marcha de la humanidad a través de los siglos, se me ha ocurrido, dejando con melancolía el libro en una tarde apacible y gris, decirme: '¡Ah, si hubiese vivido entonces!' Atediado bajo el fluir de días todos iguales e igualmente nebulosos, cuyas horas todas eran como la de una apagada puesta del sol del tardo otoño, añoraba aquellos días ardientes, rojos con el rojo de la sangre humana encendida en tempestades de pasión. Y me soñaba cruzado con Godofredo de Bullón, compañero de Cortés o de Pizarro, hugonote con Coligny o motilón con Cronwell, jacobino con Dantón. Pero había que vivir en una edad contemplativa"; *O.C.*, XI, 405.

⁹ Así había escrito en *El Imparcial*, en 1907: "Es la causa de la cultura, es la causa del liberalismo, es el legado de los cuatro siglos de europeización, del XVI al XX, lo que corre riesgo de anegarse bajo estas reminiscencias atávicas del siglo XV, que separó lo doméstico —muy digno de respeto y de cariño como tal— de lo nacional, lo rural de lo civil" (*Las campañas catalanistas. Por la cultura*; *O.C.*, VI, 720-21).

¹⁰ *Tempestades, revoluciones y recursos*; *O.C.*, VIII, 842.

Y también en verso, y muy pronto, en 1911, nos legó don Miguel esa nostalgia de tan estimados tiempos. Fue ante las ruinas de un monasterio cisterciense, el de Moreruela, liminar también de sus *Andanzas y visiones españolas*¹¹:

¡Oh, si hubiera nacido en la Edad Media
a consumirme en la claustral acedia
mejor que en este tedio
para el que no hay remedio!

Ante las huellas materiales del Medievo

El rector de Salamanca no viajó mucho. Sus desplazamientos al extranjero fueron contados y cortos. Y, sin embargo, sus frecuentes excursiones interiores viviólas tan intensamente que sus libros y artículos a ellas dedicados son obras maestras del género, tanto en el aspecto vital, sin más, como en el intelectual, y por supuesto, en el histórico.

Naturalmente que se fijó con delectación y profundidad en el pasado medieval, cuando el extorno le evocaba. Así, en *León*¹²:

San Isidoro es, sin duda, una de las más severas y a la par más elocuentes páginas de piedra de la historia de España. Su maciza torre cuadrada nos habla de tiempos macizos también, y cuadrados, de los recios tiempos de la Reconquista.

Diffícilmente olvidaré la impresión que se produjo en mi alma cuando entré, hace ya más de siete años, por primera vez en el panteón de los reyes leoneses. Sólo recuerdo otras dos impresiones análogas, y es la que sentí al bajar, en la Real Capilla de la Catedral de Granada, a la cripta en que se guardan, en sencillísimas cajas, los restos de los Reyes Católicos don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla, dejando arriba los suntuosos, pero vacíos túmulos que en imágenes yacentes nos les muestran, y la que recibí en Alcobaça, al entrar en la capilla en que descansan su eterno sueño de amor y de tragedia don Pedro y su infortunada amante Inés de Castro. ¡Cuán diferente el efecto que me produjo el panteón de los reyes de España en El Escorial!

A la reconquista y a la vida contemplativa le arrastraban recuerdos, por su parte, "los viejos olivos ermitaños de Valldemosa", en su carfísima Mallorca¹³:

Aquellos viejos olivos cenobitas, cartujanos, oyeron los suspiros de Blanquerna y habían oído también los alaridos de las huestes de Jaime el Conquistador. Y oyeron los gritos que lanzaban Cabrit y Basa en el cas-

¹¹ Del *Rosario de sonetos líricos a Teresa*; O.C., XIV, 849.

¹² En *Andanzas y visiones españolas*; O.C., I, 763-64.

¹³ En *Andanzas y visiones españolas*; *Los olivos de Valldemosa (Recuerdo de Mallorca)*; O.C., I, 768-69.

tillo de Alaró cuando a manos de Alfonso de Aragón pereció la breve independencia del fugitivo reino de Mallorca. Aquellos olivos saben Historia. Y no la saben, los almendros disciplinados del regimiento arbóreo de Santa María. Los unos son cenobitas, los otros son mercenarios.

Poco medieval era su tierra vasca, ancestral y moderna. Y, sin embargo, en su destierro en su mismo país aunque al otro lado de la frontera, paseando por las inmediaciones de Hendaya, en el caserío de Muniorte, junto al cementerio de Biriatu, al pie del Chaldocogaña, podía evocar al "Príncipe Negro, Eduardo Plantagenet, hijo de Eduardo III de Inglaterra, y por tanto príncipe de Gales", combatiente en Crécy y en Poiriers, durante la guerra de los cien años, soberano de Aquitania y servidor en España de don Pedro el Cruel desde 1367, que hizo prisionero en Nájera a Duguesclin, y del que fue hijo el rey inglés Ricardo II¹⁴. Por otra parte, bajomedieval era el acta de nacimiento de su nativa villa de Bilbao, como él muy bien sabía¹⁵.

*Santiago de Compostela*¹⁶ le atrajo a la inevitable "piadosa romería artística", con la nostalgia de sus caminos otrora bien poblados y vario-pintos. Y a pesar de lo andado desde entonces por la investigación histórica, suscribiríamos todavía sus palabras de exhortación:

Los piadosos peregrinos que venían del centro de Europa a ese corazón de Galicia traían consigo leyendas, relatos, cuentos y cantares, y fueron sus romerías uno de los vehículos de la cultura europea de entonces. La poesía trovadoresca galaico-portuguesa, la primera manifestación culta del lirismo en lengua romance en la península, prendió al contacto de chispas traídas de Provenza por los devotos romeros de Santiago.

Camino de Santiago se le llamó a la Vía Láctea, nebulosa de estrellas que guiaba a los peregrinos al término de sus anhelos, como a los magos su estrella, y la ruta toda hallábase sembrada de santuarios y hospederías.

Está por escribir la historia de la influencia que esas romerías tuvieron en el desarrollo cultural de España, en literatura y en arte, y hasta en su historia política, pues no poco influyeron en el nacimiento del reino de Portugal.

Y hoy, quien desee conocer bien España y respirar lo que aún queda de su viejo ambiente tradicional, no puede dispensarse de una piadosa

¹⁴ *La princesa negra*; O.C., X, 817-20. Véase también, en *Cómo se hace una novela*; O.C., X, 905.

¹⁵ Lo recordaba en su polémico discurso de los juegos florales bilbaínos de 26 de agosto de 1901; O.C., VI, 291: "Allá a fines de la Edad Media, cuando apenas empezábamos a entrar en el concierto histórico de Europa... En tan revueltos tiempos se fundó esta villa, en barriada de Begoña, ría adentro, al abrigo de incursiones piráticas, al arrimo de Santiago y al amparo de la casa-torre de Zubialdea, con molinos, ferrería, pescadores y venagueros".

¹⁶ En *Andanzas y visiones españolas*; O.C., I, 651-52.

romería artística a Santiago de Compostela, en el corazón de Galicia. Allá me fui, pues, desde Pontevedra¹⁷.

El arte medieval le ocupó a menudo, y a decir verdad, una de sus limitaciones en la estética plástica, fue no haber pasado del medievo. No ya para el barroco, sino ni siquiera para el plateresco de su Salamanca, tuvo un amor que se le agotó en el gótico, y en su antecesor románico. En la excursión leonesa que ya antes nos ocupaba, se fijó desde luego en la maravillosa catedral de las vidrieras¹⁸, la *pulchra leonina*:

Y he traducido *pulchra* por bella, como pude traducir elegante o bonita. Y lo es más, sin duda, que no hermosa. Porque esta elegantísima y bella catedral gótica leonesa no tiene ni lo pintoresco y variado de la de Burgos, ni la magnificencia de la de Toledo, ni la solemnidad de la románica sede de Santiago de Compostela, ni el misterio que tienen las de Avila y Barcelona, menos celebrada esta última que merece serlo. La catedral de León se abarca de una sola mirada y se la comprende al punto. Es de una suprema sencillez y, por tanto, de una suprema elegancia. Podría decirse que en ella se ha resuelto el problema arquitectónico, y a la vez de ingeniería y de arte, de cubrir el mayor espacio con la menor cantidad de piedra. De donde su aérea ligereza y aquellos grandes ventanales, cubiertos de vidrieras con figuraciones polícromas, donde la luz se abigarra y se alegra en tan diversos colores.

Lo cual me sugirió una reflexión traslaticia o metafórica aplicada al arte de la poesía y, en general, a la literatura. Y es que así como en este genuino arte gótico de arquitectura se llegó a cubrir grandes espacios con poca piedra, sin más que tallarla y agruparla bien, así en la poesía ha de cubrirse o encerrarse el mayor espacio ideal, se ha de expresar el mayor contenido posible representativo, con el menor número de palabras, sin más que tallarlas o agruparlas bien. ¡Y cuán lejos de ello estamos en España! Nuestra poesía y nuestra literatura en general nada tienen de

¹⁷ Véase *Las nieves de antaño* (O.C., X, 761): "Al volver hacia Hendaya, mi compañero de paseo, el Dr. Durruty, me mostraba el caserío en que nació, cinco o seis veces secular, a orillas del Bidasoa, en la raya misma fronteriza. Llámase Priorenea y fue en un tiempo la vivienda del prior de una orden que cuidaba de esa parte de la frontera franco-española y atendía a los piadosos peregrinos que pasaban por allí, en barca, el río, camino de Santiago de Compostela. El barrio se llama de Santiago, Saint-Jacques, y perteneció a Urruña. Y seguían su piadosa peregrinación atravesando el país vasco —la colegiata de Cenarruza, en Vizcaya, era una de sus hospederías— por el norte de la cordillera cantábrica. Otros se internaban por el sur de ella, por Castilla la Vieja y el reino de León. El más antiguo vocabulario vasco, eusquérico, que se conoce son unas cuantas palabras para uso de esos peregrinos santiagueros. Peregrinación es toda vida sobre la tierra; hasta la más sedentaria. Y mirando a las nieves de Larrún pensaba en mi actual peregrinación del destierro". En sus *Poemas y canciones de Hendaya* está *Santiago de Compostela* (núm. 769; O.C., XV, 408-9), "el cielo de piedra, y las piedras santas, cielo románico y céltico". Alusión en el 982, relativo al Pilar; núm. 982, O.C., X, 482-83.

¹⁸ O.C., I, 671-72.

góticas en este sentido; son más bien platerescas y aun barrocas, por el exceso de su ornamentación nada constructiva, y bajo la cual se pierde la línea. Pensamiento poético que puesto en prosa exija menos palabras que aquellas con que en verso lo expresó un poeta, podéis asegurar que éste lo expresó mal.

... Pero por dentro, a esta catedral, que podríamos llamar modelo de gótico, tan pura, tan aérea y tan clara, le encuentro que le falta recogimiento y misterio. No es fácil esconderse y aislarse en ella.

Mas, como dejamos dicho, no fue menos sensible a la plenitud y la serenidad románicas. Luego de la evocación de la Zamora heroica y legendaria, nos dice de lo que de ella queda¹⁹:

Y en mi vida olvidaré un día que la vi desde el puente de hierro sobre el Duero a la caída de la tarde, cuando el sol, enrojeciendo el ocaso, se ponía por detrás del cimborrio de su vetusta catedral, de aquel cimborrio que, recubierto como está con una capa de cal blanca, parece una cúpula bizantina, una visión del Oriente. Y al lado la robusta torre cuadrada, aquella severa torre románica, con sus ventanas en racimo —tres en lo más alto, dos más abajo y más abajo aún una, por cada lado— testigo de siglos de reposo tras siglos de combate y que, en las noches de luna, parece, a la unción de la celeste lámpara nocturna, perder su materialidad y como si las viejas piedras, doradas por soles seculares, se libertaran para vivir en el mundo del ensueño.

Y del enmascarado realismo de la escultura de aquel estilo, ante sus muestras en el roquero monasterio aragonés de San Juan de la Peña²⁰:

Y bajamos al viejo y venerable santuario. En un socavón de las entrañas rocosas de la tierra, en una gran cueva abierta, una argamasa de pedruscos que se corona con cimera de pinos. Y allí en aquella hendidura, remendado con sucesivos remiendos, el santuario medieval en que se recogieron monjes benedictinos, laya de jabalíes místicos, entre anacoretas y guerreros, que verían pasar en invierno, hollando nieve, jabalíes irracionales, de bosque, osos, lobos y otras alimañas salvajes. Bajo aquel enorme dosel rocoso sentirían que pasaban las tormentas. *Los capiteles románicos del destechado claustro —le basta la roca por cobertor— les recordarian el mundo, un mundo no de mármol ni de bronce helénicos o latinos, sino de piedra, un mundo berroqueño, en que la humanidad se muestra pegada*

¹⁹ *España sugestiva. Zamora; O.C.*, 1003-4: "En cuanto un curioso sabedor de la historia y de la literatura españolas se acerca a la ciudad del Duero, vienésele a las mientes al punto el recuerdo de doña Urraca, del Cid, del rey don Sancho y del traidor Bellido Dolfos, que mató al rey a las puertas de Zamora. En cuanto se da vista, desde el tren que nos lleva de Salamanca a Zamora, a esta hermosa ciudad en una larga loma, orilla del Duero, le cantan a uno en la memoria aquellos versos del viejo romance que dicen: *Allá en Castilla la Vieja...*"

²⁰ En *San Juan de la Peña; O.C.*, I, 1079-80.

a la roca —como entre los egipcios— y no exenta de ella... Y allí los monjes escribían en paz hechos de guerra, y al escribir historia la hacían. Que el hecho histórico es espiritual y consiste en lo que a los hombres se les hace creer que queda de lo que pasó en la leyenda. La leyenda empieza con el documento fehaciente, que hace fe, que hace creencia, y se agranda con la crónica. Como aquella del anónimo monje pinatense a la que Zurita llamó la más antigua historia general del reino de Aragón.

En Coimbra, don Miguel nos muestra una vez más, su incompreensión del barroco —aunque no sea obra maestra el ejemplar que allá contemplar pudo y aún se puede— y su descanso en la plenitud románica de los siglos de certeza escatológica, en cuya busca agonizó él a lo largo de toda su vida²¹:

La catedral nueva de Coimbra, iglesia del antiguo colegio de jesuitas, debido a la munificencia de don Juan III, es un templo... jesuítico. Más en cambio la antigua —*a sé velha*—, que recuerda nuestra catedral vieja de Salamanca, es una especie de fortaleza románica del siglo XII, *que produce en el inteligente que se alberga en la robusta solemnidad de sus naves una sentimiento como de rejuvenecer nuestra vieja alma cristiana colectiva. Una dulce penumbra de Edad Media invade el espíritu, que se siente asentado sobre sí mismo al ver la poderosa fábrica asentarse como si arraigara en tierra. Es una fuerza que desciende y posa, y no una que se levanta como en las catedrales góticas*²².

Pero antes de pasar a los distintos apartados, correspondientes a otros tantos aspectos del mundo medieval que hemos podido comprobar retuvieron la atención de don Miguel, vaya por delante que, pese a la interpretación idealista de la historia que en él²³, sin tener en cuenta sus orígenes

²¹ En *Andanzas y visiones españolas*; O.C., I, 727-28.

²² Pero don Miguel no llegó a la comprensión del barroco como una bendición que desciende, frente a la oración que asciende del gótico. La frase es de Paul Claudel. Tampoco el manuelino portugués amó nuestro rector. Así en el artículo citado en la nota anterior, p. 728: "Este manuelino portugués —de que acaso el más genuino ejemplar es el templo de los Jerónimos, en Belem, cerca de Lisboa— es un estilo... 'tirabuzonesco'. Todo está en rizos. Diríase a las veces que son piezas de ropa blanca cuando después de lavadas se las retuerce para enjugarlas, o calabrotes y cordajes de barcos. ¿Tomaron de la jarica acaso la inspiración de esos trenzados de piedra?" Pero la posibilidad no le conmueve. Y en 1935, *Nueva vuelta a Portugal* (O.C., I, 1125-26): "Volví a Alcobaça, de que escribí antaño, monasterio fundado por Alfonso Enríquez en conmemoración de la toma a los moros de Santarem, a mediados del siglo XII. Escueto y desnudo templo de cistercienses. Allí, las tumbas gemelas de don Pedro y de su Inés de Castro, que si sus estatuas de piedra se irguieran miraríanse cara a cara. Es la tragedia sosegada en piedra de siglos. Y luego, al monasterio de Santa María de la Victoria, llamado Batalla. La batalla fue la de Aljubarrota, ganada a los castellanos. Típico monumento del estilo manuelino, en que aparece ya aquel ornato gótico-hindú; bordados, puntillas y orfebrería en piedra. No es el sobrio cisterciense de Alcobaça".

²³ Véase nuestro *Unamuno y la Historia*, en estos *Cuadernos*, XXI (1971) 103-156.

socialistas, prevalecería, no dejó de plantearse con seriedad la trascendencia del factor económico en el desarrollo de aquella edad. Así al comentar²⁴ el pasaje de la crónica de Ruy de Pina que cuenta “aquella lamentable excursión guerrera de los portugueses a Marruecos en el siglo XV, aquella en que fueron el infante don Enrique y don Fernando, dos de los hijos de don Juan I”, en la decisión de la cual “el primero que habló fue el infante don Juan, diciendo que son cuatro las cosas principales a cuyo fin se deben hacer las cosas todas de este mundo —y en aquel caso la guerra— *la primera por servicio de Dios, la segunda por honra, la tercera por provecho y la cuarta por placer y gusto*”. Y lo que se sigue. Y en el período republicano, escribía en *El sol de Madrid*²⁵:

Lo peor en esta tierra es ser labriego a servicio y sueldo de labrador. De pobre pegujalero que necesita brazos de alquiler, de pequeño propietario, de arrendatario o colono que tiene que empeñarse para pagar la renta. Y ésta ha sido la tragedia en las mesetas centrales de este reino —ahora república, y es igual— de los pobres vivientes españoles. Cuya suerte no sabemos si envidiará la sombra del Cid Campeador, el que iba por la cuenta del Duero reclutando desesperados para que saliesen de miseria y lacería con el botín arrancado a los moros de las ricas huertas de Valencia²⁶.

Pero vayamos con la religiosidad medieval, clave de la estima o desestima que de la Edad Media pudo tener ese hombre “religioso” de carne y hueso que fue don Miguel de Unamuno y Jugo.

La mocedad del cristianismo

Ya en 1885, *En torno al casticismo*, se plantea nuestro rector²⁷ el problema de nuestra intolerancia religiosa. Ciertamente que alude sobre todo a la que cuajó hasta diferenciarnos un poco en la Edad Moderna, pero sin escamotear sus inequívocas raíces medievales, hijas de la Reconquista, como por otra parte postulan historiadores hoy en día de la talla de don Claudio Sánchez-Albornoz. Luego de sostener que “de todos los países católicos, acaso haya sido el más católico nuestra España castiza. El catolicismo dominicano y el jesuítico son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano”, sigue:

Que las castizas guerras de nuestra edad de oro fueron de religión...
Esta era el lazo social, y la unidad religiosa, forma suprema de la social.

²⁴ *Sobre la tragedia del príncipe constante*; O.C., VIII, 1063-64.

²⁵ *Entre Aquiles y el Cid*; O.C., V, 88.

²⁶ Véase, como una manifestación más, de la constante atracción de la meseta por el Mediterráneo, la obsesión por Valencia de la poesía de guerra del Conde de Foxá. Así, *El Cid hacia las huertas y Balada guerrera de abril (Obras Completas, Madrid 1963, I, pp. 84-87)*, “Cantos de guerra” de *El almendro y la espada* (1940).

²⁷ O.C., III, 251-53.

Para demarcar, por vía de remoción, la unidad nacional, se expulsó a judíos y moriscos y se cerró la puerta a luteranos, por "sediciosos, perturbadores de la república". Ordenes militares religiosas se fundaron en España para la cruzada *interior* que reconquistara el propio suelo, y en ninguna parte más vivo el sentimiento de la hermandad entre el sacerdote y el guerrero que en el pueblo que dio tantos curas guerrilleros en la francesada. Guerras religiosas, sí, en cuanto el reino de la religión se extiende a este mundo, en cuanto institución para sustento de la máquina social y mantenimiento del orden y del silencio y de la obediencia a la *ley*.

Aquellas almas fueron intolerantes, no por salud y vigor, sino por pobreza de complejidad, porque no sólo tolera el débil y el escéptico sino el que en fuerza de vigor penetra en otros y en el fondo de verdad que yace en toda doctrina, puesto que hay junto a la tolerancia por exclusión otra por absorción.

Naturalmente que el no desmentido liberalismo de don Miguel nunca cambiaría de postura en cuanto a la intolerancia religiosa en sí. Sin embargo, su visión de la intolerancia de los demás, y sobre todo de la medieval, un tanto causada por la reciedumbre de la fe que, como vamos a ver, él gustó tanto, pudo templarse un tanto en el curso de los años, desde que estas líneas juveniles escribiese.

Vaya por delante que don Miguel vio en la religiosidad medieval una determinante escatológica que no podía menos de rimar con su obsesiva inquietud agónica de siempre, más arraigada y constante en él todavía que su liberalismo. Y así en *Del sentimiento trágico de la vida*²⁸:

No, no es tanto ansia de procurarse placeres cuanto el temor a la pobreza lo que nos arrastra a los pobres hombres a buscar el dinero, como no era el deseo de gloria, sino el terror al infierno, lo que arrastraba a los hombres en la Edad Media al claustro con su acedía. Ni eso es orgullo, sino terror a la nada.

No cabe duda de que las inquietudes unamunianas de toda la vida se desarrollaron agónicamente sobre un fondo de irracionalismo muy claro. Es el mismo que vio en el hombre, como él "religioso", del medievo²⁹:

Al cristianismo, a la locura de la cruz, a la fe irracional en que el Cristo había resucitado para resucitarnos, le salvó la cultura helénica racionalista, y a ésta el cristianismo... Una tradición puramente racionalista es tan imposible como una tradición puramente religiosa... Dícese también que fueron los clásicos griegos redivivos los que volvieron a hombres como Erasmo, a San Pablo y al cristianismo primitivo, el más irracional; pero cabe retrucar diciendo que fue San Pablo, que fue la irracionalidad cristiana que sustentaba su teología católica, lo que les volvió a los clásicos.

²⁸ O.C., XVI, 184.

²⁹ O.C., XVI, 240.

... *Salimos de la Edad Media y de su fe tan ardiente como en el fondo desesperada, y no sin íntimas y hondas incertidumbres, y entramos en la edad del racionalismo, no tampoco sin sus incertidumbres*³⁰.

Todo ello hasta el extremo de que, precisamente, la escolástica reacción contra el irracionalismo fue uno de los agravios antiescolásticos de don Miguel, quien, no muy lejos de la cita anterior, nos dice³¹:

Los teólogos escolásticos no han sabido nunca desentenderse de las dificultades en que se veían metidos al tratar de conciliar la libertad humana con la presciencia divina y el conocimiento que Dios tiene de lo futuro contingente y libre; y es porque, en rigor, el Dios racional es completamente inaplicable a lo contingente, pues que la noción de contingencia no es, en el fondo, sino la noción de irracionalidad... Y así la divinidad de Dios es sustituida por su necesidad. Y en la necesidad de Dios perece su voluntad libre, es decir, su personalidad conciente. El Dios que anhelamos, el Dios que ha de salvar nuestra alma de la nada, el Dios inmortalizador, tiene que ser un Dios arbitrario.

En junio de 1911 visitaba Unamuno las ruinas del monasterio cisterciense de Moreruela. Allí sentía particularmente viva esa atracción por el claustro que, como varias veces nos confesara, fue una de sus frustradas vocaciones, para decirlo en su rico lenguaje personal uno de sus yos ex-futuros o fuente de recuerdos de esperanzas, que no ya de esperanzas de recuerdos. Y entonces, sin rodeos, expresaba su convicción admirativa de la índole juvenil, moza, del cristianismo medieval, precisamente en el primero de los capítulos de su maravilloso libro de viajes *Andanzas y visiones españolas*³²:

¡Qué bien en una celda como las que en un tiempo formaron la columna mística de la Granja de Moreruela, meditando o fantaseando estos consuelos de esperanza allá, en aquel siglo XIII, oliente a San Francisco! ¡Pero en aquel siglo XIII, en aquella poética Edad Media, mocedad del cristianismo!

Aunque no le cite muy a menudo, fue don Miguel un apasionado —así, literalmente— lector de León Bloy³³. Y en el artículo que a su memoria

³⁰ No perdamos de vista ese clavo ardiendo que para el agonismo religioso de don Miguel fue el voluntarismo de la fe. Ello merecería una intensa y extensa monografía. Vg. en *Teresa* (*O.C.*, XIV, 290): "Y, además, ¿qué es creer? Porque si la fe consiste, según nos enseñaron cuando niños en el Catecismo, en creer lo que no vemos, la razón consiste en crear lo que no vemos, y una y otra fe, fe y razón, son creencia".

³¹ *O.C.*, XVI, 291.

³² *Recuerdo de la Granja de Moreruela*; *O.C.*, I, 606.

³³ Escribe en el artículo de la cita siguiente: "Os dirán de León Bloy que fue un escritor católico. ¿Católico? Según lo entendamos. En todo caso desesperada-

dedicara, en *Nuevo mundo*, el 17 de mayo de 1918, comparte de esta manera su visión medieval, expresada en *La femme pauvre*³⁴:

Leed, en el mismo dolorosísimo libro, su evocación de la Edad Media —una Edad Media fantástica, por supuesto—, de aquella edad cuya melodía religiosa le parecía ser un “antiguo estremecimiento del Espíritu Santo a través de los huesos de los muertos”, como en la danza macabra, sin duda.

Vigor juvenil, adolescente, pues, también³⁵.

En cambio, nunca dejó de ver la Edad Moderna como algo infectado por el virus del racionalismo, incluso en la que conscientemente reaccionaba hasta la sangre y el anacronismo contra los fueros del mundo nuevo, o sea la Contra-reforma católica y sus nostalgias medievales. Así escribía, evocando a Menéndez y Pelayo, en *El sol*, el 10 de mayo de 1932³⁶:

En todo su juicio sobre el siglo XIX español, el de la revolución liberal, se ve que don Marcelino no logró penetrar en el fondo de él, no logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas... Don Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fue, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido... No vio que la llamada Contra-reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica, y aun la ginebrina, contra que luchaba; no vio que la cruz de una cara es, a la vez, la cara de una cruz. Y aún siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos a la Esfinge.

Comentando la pintura que su admirado historiador poeta Oliveira Martins hace de doña Felipa de Lancaster, la mujer del rey de Portugal don Juan I, en la obra que don Marcelino consideraba la mejor de las

mente católico. Su catolicismo era el de la desesperación. Pareció estar glosando durante su atormentada vida entera el trágico ‘¡hay que embrutecerse!’ —*il faut s’abêtir*—, de Pascal... ¡Qué parecido guarda este áspero y torturado profeta con aquel danés que fue Kierkegaard! Hermanos en desesperación”.

³⁴ *O.C.*, VIII, 972.

³⁵ Véase *La oración de doña Ximena*; *O.C.*, V, 229-31 (“¡Gracias a los milagros de Cristo tenía de que hablar doña Ximena!”). Y *La risa quiijotesca* (título de García Blanco; el de Unamuno fue *Comentario*), sobre Paolo y Francesca en los cantos V del *Infierno* y XV del *Paríso*; *O.C.*, X, 664.

³⁶ *Don Marcelino y la esfinge*; *O.C.*, V, 506-8.

suyas, *Os filhos de Don João I* titulada precisamente, nota cómo, para el escritor luso, la inflexibilidad de la reina ante un ligero devaneo de su marido, no era hija de los celos, pues éstos son a su vez hijos de la pasión, sino “aquel sentimiento exclusivamente sajón para el cual también hay sólo en inglés palabra: era el *cant*, esa mezcla inconsciente de orgullo y convención, que, quedándose por debajo de la religión del deber, está muy por encima de la hipocresía, esto es, de la simulación conciente de ella”. Y volviendo luego a una fuente más cercana, a la *Crónica del Infante Santo, Don Fernando*, uno de los hijos de doña Felipa y Don Juan, escrita por “su secretario y devoto servidor Fray Juan Alvarez”, uno de los cronistas portugueses que hicieron las delicias de nuestro rector, y a la espléndida narración en cómo la soberana, al estar embarazada del mismo Fernando, el octavo de sus retoños, se negó a abortar para salvar su vida “antes de poner a un alma humana en riesgo de irse al limbo, que equivalía para ella a anonadarse, antes de hurtar al reino de Dios un futuro santo posible, como lo fue el infante don Fernando, el mártir de Tángier, glosa ³⁷:

Y unido a su nombre va el de su madre, la suave y serena y rubia hija del duque de Lancaster, y a cuya alma nutrió, diga lo que dijera Oliveira Martins, algo más que el *cant* que en el siglo XV aún no se conocía, pues que es hijo de la Reforma. El *cant* nació entre los motilones (*roundheads*) de Cronwell.

Ya hemos visto antes su estimación amorosa del gótico, emparejada con su limitación, de veras extraña por su adopción salmanticense, hacia el plateresco y el barroco, que en definitiva, más medieval nos le hace. También veíamos su complacencia en la plenitud románica. Pero hay una ocasión, en la misma Compostela ³⁸, en que ésta, y creemos que traerlo aquí a cuento está dentro de la escala de valores que venimos manejando, se pone por encima de aquél:

Digna entrada de nuestra gran catedral románica aquel pórtico de la Gloria. El románico, severo y sobrio, resiste la cursilería en que fácilmente cae el gótico. La religiosa gravedad del románico no se presta a las sentimentalidades literarias del gótico. No se comprende a Chateaubriand en las naves severas de un templo románico. El de Santiago sugiere, desde luego, la idea de un sepulcro, casi de una catacumba. Estamos muy lejos del pintoresco irisado de la catedral de León. Allí, en la catedral de Santiago, hay que rezar de un modo o de otro; no cabe hacer literatura.

³⁷ *Doña Felipa de Lancaster; O.C.*, VIII, 1056-58.

³⁸ *Santiago* cit.; *O.C.*, I, 655. Cf. *Arquitectura social*, en *O.C.*, XI, 54.

Lo monástico y lo escolástico. Lo protestante y lo católico

Por supuesto que no tenemos intención de abordar aquí el pavoroso problema de la posición ambivalente de don Miguel frente al catolicismo y al protestantismo —la una lleva en sí, desde su punto de vista, desde luego la otra. Y, sin embargo, reconocemos que un poco sería necesaria para clarificar la que frente al medioevo tuviese. Pero se merece una monografía de por sí... y en varios volúmenes acaso. Ahora bien, vamos a fijarnos en un fragmento *Del sentimiento trágico de la vida*. Con Harnack³⁹ ve en “la erección de la fórmula nicenocapadocia, como confesión fundamental de la Iglesia”, el arraigo de la idea de que “el cristianismo era la revelación de lo ininteligible”. Y por ese camino, cuando “la fe, esto es, la vida, no se sentía ya segura de sí misma”, cuando lo ininteligible no bastaba, surgió la pretensión racionalizadora de la Escolástica que aquí don Miguel, desde el castillo de su irracionalismo, aunque sea agónico, menosprecia— (“No le bastaba ni el tradicionalismo ni el positivismo teológico de Duns Escoto; quería racionalizarse... La posición nominalista o positivista o voluntarista de Escoto, la de que la ley y la verdad dependen más bien que de la esencia, de la libre e inescudriñable voluntad de Dios, acentuando la irracionalidad suprema de la religión, ponía a ésta en peligro entre los más de los creyentes, dotados de razón adulta y no carboneros. De aquí el triunfo del racionalismo teológico tomista)— para, sintetizando luego el flujo y el reflujo de ese catolicismo de formación medieval, concluir así en su estimación⁴⁰:

Y es que el catolicismo oscila entre la mística, que es experiencia íntima del Dios vivo en Cristo, experiencia intransmisible, y cuyo peligro es, por otra parte, absorber en Dios la propia personalidad, lo cual no salva nuestro anhelo vital, y entre el racionalismo a que combate; *oscila entre ciencia religionizada y religión científicada*. El entusiasmo apocalíptico fue cambiando poco a poco en misticismo neoplatónico, a que la teología hizo arredrar. Temíase los excesos de la fantasía, que suplantaba a la fe, creando extravagancias gnósticas. Pero hubo que firmar un cierto pacto con el gnosticismo, y con el racionalismo otro; *ni la fantasía ni la razón se dejaban vencer del todo*⁴¹. *Y así se hizo la dogmática católica un sistema de contradicciones, mejor o peor concordadas... Que es lo que le da al catolicismo su profunda dialéctica vital. Pero ¿a qué costa?*

³⁹ *Dogmengeschichte*, II, I, cap. VII, 3.

⁴⁰ *O.C.*, XVI, 203-4.

⁴¹ Notemos el tono agónico de todo esto, una cierta visión agónica del catolicismo por el agonista rector salmantino. Solo que el catolicismo habría trascendido en el plano consciente, el agonismo, al aceptar la superación de esas contradicciones en la misma síntesis de lo racional y lo vital y voluntarista. Y por supuesto en la aceptación de ese magisterio que llegó hasta la definición del Concilio Vaticano I, a la que por cierto, en el mismo libro don Miguel se refiere.

Pero el tema nos está ya desbordando, en cuanto salta de la Edad Media a todos los tiempos⁴². Vayamos con la posición unamuniana hacia la Escolástica del medievo, de nuevo en boga en sus tiempos de la mano de la leonina restauración tomista. La ambivalencia de su postura, a veces le lleva a alguna de esas sus contradicciones vivientes. Es curioso que sea polémica, frente a un detractor algo huero desde luego de la misma, el argentino C. O. Bunge, en su libro *El espíritu de la educación*, acaso su más afirmativa postura⁴³:

... Me parece el doctor Bunge excesivamente duro con la pobre Edad Media. Hay mucho oro y de muy buena ley en el "fango de las oscuridades góticobizantinas de los escolásticos", mucho, muy profundo y muy liberador pensamiento en lo hondo de sus "abstrusas teologías" y extraordinario vigor mental bajo la "ridícula impotencia de sus ergotismos".

No he podido llegar a creer que fueran "cuestiones bizantinas" las de los *universales*, sino que la creo cuestión eterna, eternamente renovada, la de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre, el aspecto metafísico del combate entre el individualismo y el socialismo. La frase, profunda-

⁴² El estudio sobre Unamuno y el catolicismo está por hacer. Por eso recogemos aquí algunas referencias, por si pudiesen a quienes lo acometan, facilitarles la tarea. A pesar de su individualismo de siempre, en *Las ánimas del purgatorio en Portugal* (O.C., I, 398-99), prefiere "el sentido más social, más colectivista de aquél" a "la religión radicalmente individualista" del calvinismo. En cambio, en otra ocasión, sintiéndose desde luego de Bilbao, se refiere a "la austera sequedad y puritanismo" vascongados (O.C., VI, 99-100), y a su inconciliabilidad "con pompas litúrgicas en que resuenen ecos paganos. Es por dentro un espíritu protestante, es el de un alma que se relaciona a solas y virilmente con su Dios, un Dios austero y viril" (O.C., VI, 331-32; "en el fondo de la más rígida e incuestionable ortodoxia se descubre pronto en el espíritu religioso de mi raza un soplo antilatino. La misma Compañía de Jesús, que fundó nuestro paisano Loyola, para atajar la marcha del protestantismo, ¿no nació acaso, como todo movimiento que pretende oponerse a otro, en el seno mismo de éste, en relación de unidad profunda, bajo su oposición superficial? Si luego se ha torcido es otra cosa; es que el espíritu ignaciano ha muerto en la Compañía, que desfiguraba a su creador. Los ejercicios espirituales de San Ignacio, ¿no son acaso uno de los libros más gustados entre los protestantes?". Cf. O.C., VI, 345, siempre a propósito del temperamento religioso vasco, a caballo ahora entre San Ignacio y Saint-Cyran. En O.C., III, 1079, se muestra lejos del "lastre pagano, la pompa del culto y el casuismo, sobre todo el casuismo, esa maravillosa jesuítica" católicas, las cuales le parecen pintiparadamente francesas. Al rechazar esto se tiene por gemelo de Carducci (O.C., IV, 892). En el mismo sentido, ironiza acerca "de un obispo que muchas veces, después de haber tenido que soportar latas solemnidades litúrgicas, se encerraba con sus familiares a tocar las castañuelas"; O.C., IX, 648. Un detalle positivo, a propósito del canto de la salve por los trapenses de Dueñas, el día de San Bernardo de 1922, en *La agonía del cristianismo*; O.C., XVI, 469-70: "Hay en mi patria española, en mi pueblo español, pueblo agónico y polémico, un culto al Cristo agonizante; pero también le hay a la Virgen de los Dolores, a la Dolorosa, con su corazón atravesado por siete espadas. Que no es propiamente la *Pietà italiana*. No se rinde culto tanto al Hijo que yace muerto en el regazo de su Madre, cuanto a ésta, a la Virgen Madre, que agoniza de dolor con su Hijo entre los brazos. Es el culto a la agonía de la Madre".

⁴³ O.C., III, 508-9. En su presentación del libro de versos *Teresa*, llama a Ausias March "el encendido escolástico del amor"; O.C., XIV, 287.

mente realista de Natorp, de que el individuo es tan abstracción como el átomo, ¿no ha de escandalizar a los *nominalistas* del individualismo? Encuentro mucha vida, mucha plenitud, profundísima originalidad en las “ideas muertas”, las “frases huecas”, las “indescifrables anfibologías” de la escolástica medieval. La insoportable, la muerta y hueca es la escolástica galvanizada de hoy⁴⁴. ¡Profundo revolucionario Duns Escoto!, ¡maravilloso libertador del espíritu! Me cuesta admitir que aquella enseñanza medieval no haya dejado raíces hondas en la educación moderna, “salvo en teología”.

Y aunque así fuera, ¿es que la teología no significa nada en el pensamiento moderno?

Pero no vamos a ocultar que la cita antecedente, acaso por responder a una postura antes superficial que sectaria, no deja de ser un tanto excepcional en el acervo unamunesco. En este predominó una insatisfacción vital y “agonista” ante la Escolástica. Aunque fue precisamente por considerarla demasiado poco medieval, demasiado racionalista. Aquí está otra vez *Del sentimiento trágico de la vida*⁴⁵:

Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella, su criada, la *ancilla theologiae*, la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona. La escolástica, magnífica catedral con todos los problemas de mecánica arquitectónica resueltos por los siglos, pero catedral de adobes, llevó poco a poco a eso que llaman teología natural, y no es sino cristianismo despotencializado.

Y algo más adelante⁴⁶:

Tomad la *Summa Theologica*, de Santo Tomás, el clásico monumento de la teología —esto es, de la abogacía— católica, y abridla por donde-

⁴⁴ En carta a Ganivet (*O.C.*, IV, 973-74) se muestra indignado de la penetración en España del neotomismo italiano, en lugar de haberse formado un cuerpo de doctrina con la filosofía de nuestra literatura ascética y mística, aunque resultase “menos útil para las artes de la controversia y para ganar puestos por oposición”. En el cincuentenario de la revolución de 1868, se refiere (*O.C.*, X, 411) a don Alejandro Pidal, “el hueco charlatán a quien se le habían indigestado las piltrafas, ya descompuestas, del *buey* de Aquino, que le sirviera, refitoleramente guisadas, el cocinero que fue el cardenal Fr. Zeferino González”, por cierto, autor del libro de texto en que el muchacho bilbaíno había estudiado la metafísica en Madrid bajo el profesorado de Ortí y Lara (*O.C.*, X, 1004; “el pobre dominico tomista. Ahora dicen aquiniano”, le llama aquí; muy significativo es *Madrid*, bajo el lema goyesco de que “el sueño de la razón engendra monstruos” con una confesión clave de su pérdida de la ortodoxia: “—Dios es una cosa” nos decía / el P. Astete; / nuestra niñez reía / con fe sin brete; / mas luego con la filosofía / del P. Zeferino, / cardenal campesino, / te me hicieron, Señor, quisicosa”, *O.C.*, XV, 323, de *Canciones y poemas de Hendaya*). Y en *O.C.*, XVI, 784: “Baste decir que anda por acá un P. Murillo que se permite escribir de exégesis y hablar de Harnack y del abate Loisy, y lo hace con una escolástica y una insipiente que mete miedo”.

⁴⁵ *O.C.*, XVI, 202.

⁴⁶ *O.C.*, XVI, 220.

quiera. Lo primero, la tesis: *utrum...* si tal cosa es así o de otro modo; en seguida las objeciones: *ad primum sic proceditur*; luego las respuestas a las objeciones: *sed contra est...* o *respondeo dicendum...* Pura abogacía. Y en el fondo de una gran parte, acaso de la mayoría, de sus argumentos hallaréis una falacia lógica que puede expresarse *more scholastico* con este silogismo: Yo no comprendo este hecho sino dándole esta explicación; es así que tengo que comprenderlo, luego esta tiene que ser su explicación. O me quedo sin comprenderlo. La verdadera ciencia enseña, ante todo, a dudar y a ignorar; la abogacía ni duda ni cree que ignora. Necesita de una solución ⁴⁷.

La conclusión está clara. Don Miguel amó el cristianismo medieval porque su mocedad le permitía ser vital, irracional, voluntarista, capaz de dar una respuesta a su agonismo sin violentar su razón. Y cuando, con la escolástica, trató aquel o si se quiere sintió la necesidad, de anular tal violencia, por no satisfacerle el vitalismo voluntarista ni experimentarse dentro de él seguro, entonces le notó débil y extraño y capitudisminuido.

Por eso, y a pesar de alguna que otra nota contradictoria o ambivalente si se quiere, más que el medievo escolástico era el monástico ⁴⁸, el de las preferencias entrañables del rector salmantino. Ya gustamos de toda la poesía puesta en su evocación, ante las ruinas de Moreruela, del monasterio vivo que fue otrora. Veamos ahora una justificación suya sin más, en *Del sentimiento trágico de la vida* ⁴⁹:

Mas ¿no tendrá ninguna justificación la moral eremítica, cartujana, la de la Tebaida? ¿No se podrá, acaso, decir que es menester se conserven esos tipos de excepción para que sirvan de eterno modelo a los otros? ¿No crían los hombres caballos de carrera, inútiles para todo otro menester utilitario, pero que mantienen la pureza de la sangre y son padres de excelentes caballos de tiro y de silla? ¿No hay, acaso, un lujo ético, no menos justificable que el otro? Pero, por otra parte, ¿no es esto, en el fondo, estética y no moral, y mucho menos religión? ¿No es que será estético y no religioso, ni siquiera ético, el ideal monástico contemplativo medieval? Y al fin los de entre aquellos solitarios que nos han contado sus coloquios a solas con Dios, han hecho una obra eternizadora, se han metido en las almas de los demás. Y ya solo con eso, con que el claustro haya podido darnos un Eckhart, un Suso, un Taulero, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Angela de Foligno, una Teresa de Jesús, está justificado el claustro ⁵⁰.

⁴⁷ O.C., XVI, 210: "Léanse con cuidado en la primera parte de la *Summa Theologica*, de Santo Tomás de Aquino, los seis artículos primeros de la cuestión LXXV..."

⁴⁸ Para la distinción entre teología monástica y escolástica, es fundamental el libro de dom JEAN LECLERCQ: *L'amour des lettres et le désir de Dieu* (París 1956).

⁴⁹ O.C., XVI, 411-12.

⁵⁰ Cf. en el mismo libro, p. 394, su estimación de la reacción antimonástica de Lutero. En *La agonía del cristianismo* (O.C., XVI, 521-22), sobre los angustiados "instintos de paternidad y de maternidad" de los religiosos, y "la contradicción

Al prologar los *Romances de ciego*, de Salvador de Madariaga, nos habló don Miguel de “la voz abismática y eterna de mi casta cartujana”. Y desde luego que es difícil no sorprenderle algún tinte autobiográfico cuando de la vida claustral trata⁵¹, y en ocasiones muy diversas. De ahí que ésa, y tengamos en cuenta lo de su individualismo impenitente, esté en él, desde luego, por encima de cualquier valoración sociológica. A propósito de Morerueta, también nos grabó en verso su nostalgia de la misma⁵²:

En una celda solo, como en arca
de paz, libre de menester y cargo,
el poema escribir largo, muy largo,
que cielo y muerte, tierra y vida abarca.

¿Acaso cuando, comentando el apelativo dado a Dante de “monje seglar” en su libro *La otra América*, por el escritor chileno Armando Donoso⁵³, pondera su tragedia, no se está refiriendo a algo íntimo? Y en su Mallorca, pasando de la visión real de los ermitaños antonianos que ver allí pudo, “una de las cosas más típicas” de la isla, a la evocación de Blanquerna, “el personaje de la novela ascética de Ramón Lull, el filósofo iluminado”, Blanquerna, que “después de haber sido papa, renuncia al papado para hacerse ermitaño”, nos confiesa ni más ni menos que “es la vida suprema”⁵⁴.

íntima” de su enseñanza a los futuros padres de familia, contagiada de los jesuitas a los demás; “los jesuitas no gustan de que se les llame ni monjes ni frailes. Monje es un benedictino o un cartujo; fraile es un franciscano o un dominico”.

⁵¹ Véase J. ALVAREZ: *Unamuno y la vida monástica*, en *Yermo*, 4 (1966) 1-50. En prensa en Canarias nuestra *La fuerteventurosa clausura insular de don Miguel*.

⁵² *O.C.*, XIII, 807. Un botón más de su comprensión, predisposición diríamos, contemplativa, a propósito del pasaje de las *Fioretti* que cuenta el encuentro de Fray Gil y San Luis de Francia; *O.C.*, XI, 946-47. Y de su valoración de las abismáticas diferencias entre contemplación y acción, en torno al primer señor de Fuerteventura, don Pedro Fernández Saavedra, que “en esta pobre isla afortunada, donde no se conocen más cóleras que las de los camellos en su época de celo y donde es casi desconocido el uso de las armas homicidas” se aburría tediosamente cual hombre de guerra; *O.C.*, X, 644. Nos resulta extraño leer en él que “el monaquismo, el ascetismo y la mística son más paganos que otra cosa; el cristianismo genuino es antimístico, como lo prueban Harnack y Hermann entre otros”; *O.C.*, VIII, 118. Claro que para él era ante todo escatológico. Sobre las tesis protestantes en el último sentido, G. TURBESSI: *Ascetismo e monachesimo prebenedittino* (Roma 1961) pp. 9-17. Una muestra de ellas, H. B. WORKMAN: *The evolution of monastic ideal* (Boston 1913).

⁵³ *Monje seglar*; *O.C.*, X, 808-9: “... toda la íntima tragedia de la vida del Dante, la tragedia de su cristianismo y de su patriotismo, fue que fue un monje, un monje seglar, la más trágica y más congojosa contradicción que puede existir... Y monje seglar es, por lo tanto, el solitario en el mundo, el que vive con los demás, de sus mismas pasiones, de sus mismos cuidados, pero retirado en sí y soñando intensamente aquello en que los otros son soñados, son sueños. Y esta fue la tragedia del Dante, monje seglar, esta la agonía de su cristianismo, su agonía de cristianismo”. Comprensión del erotismo claustral, a propósito de Sor Mariana Alcaforado, “aquella inflamable hermana tornera del convento de franciscas de Beja, en el Alemtejo”; *O.C.*, XII, 878.

⁵⁴ *En la isla dorada*, II; *O.C.*, XII, 788, de *Andanzas y visiones españolas*.

Acorde su valoración del "opus dei" u obra coral de los monjes. En su *Vida de don Quijote y Sancho*, de tan continuas referencias ignacianas y jesuíticas, al comentar el discurso de los amores de Altisidora⁵⁵, nos dice:

No apruebo, pues, las razones que el P. Rivadeneira, en el capítulo XXII del libro III de su *Vida de San Ignacio* nos da para justificar el que la Compañía de Jesús no tenga coro. Dícenos que "no es de esencia de la Religión el tener coro", y en efecto, puede haber ruiseñor mudo, pero será ruiseñor enfermo, y añade, con Santo Tomás, que los que tienen por oficio enseñar al pueblo y apacentarle con el pan de la doctrina "no deben ocuparse en cantar, porque ocupados con el canto no dejen lo que tanto importa". Pero ¿es que hay doctrina más íntima ni más profunda que la que se da cantando? En los consejos mismos que se dan al hombre, no es la letra, sino la música de ellos lo que aprovecha y edifica. Música es el espíritu, y la carne es letra, y toda doctrina del corazón es canto.

Ante el latín litúrgico

Acaso sea, en estos tiempos, de algún interés, preguntarnos qué pensó don Miguel del latín de la Iglesia y de su liturgia⁵⁶. No vamos a hacerlo sistemáticamente, aunque dada la contextura personal de nuestro rector, vendría pintiparado en el seno de la actual polémica⁵⁷. Sólo unas referencias que su posición frente al cristianismo medieval podrán clarificarnos un poco más.

En un escrito póstumo⁵⁸, valora aquel latín, pero no se muestra adverso a su sustitución por las lenguas vulgares de los reformadores, cuando la hora le fue sonada. Sólo que... ya sabemos lo que pensaba del racionalismo de éstos, él que no transigió siquiera con el escolástico, y guardado sin embargo, cuando esto afirmamos, el respeto debido a sus contradicciones:

En cuanto a ésta, a la teología, la cristiana medieval tuvo su dialecto escrito en el latín de los escolásticos. Latín erizado de neologismos, que

⁵⁵ *O.C.*, IV, 289. Al cantar al jerónimo Fray Bernardino de Aguilar (según la noticia del P. JOSÉ SIGÜENZA: *Historia de la Orden de San Jerónimo*, segunda parte, libro cuarto, capítulo XXVII) escribe como "su breve vida en el coro del templo / fue recogido idilio"; *Teresa*, 97; *O.C.*, XIV, 425.

⁵⁶ Para un conocimiento científico y sereno de las bases del problema, es precisa la consulta de la obra recopilada de CHRISTINE MOHRMANN: *Études sur le latin des chrétiens* (Roma 1961-65). Sobre todo, *Le latin medieval* (*ibid.*, II, 181-232; antes en *Cahiers de civilisation médiévale*, I, 1958, 265-94) y *Le latin langue de la chrétienté occidentale* (*ibid.*, I, 51-81; antes en *Aevum*, 24, 1950, 133-61). E *id.*, *Liturgical latin: its origins and character* (Washington 1957).

⁵⁷ Podríamos citar una bibliografía tan numerosa como internacional, por poco difundida que haya sido. Limitémonos a las obras de TITO CASINI: *La tunica stracciata. Lettera di un cattolico sulla "Riforma liturgica"* (Roma 1967); *Dicebamus heri. La "tunica stracciata" alla sbarra* (Florencia 1967); *Super flumina Babilonis. Lettere dall'esilio* (Florencia 1969); *L'ultima messa di Paolo VI* (Florencia 1970); y *Ricorso a Maria. Dall'esilio alle catacombe* (Florencia 1970).

⁵⁸ *Por el son a la visión*; *O.C.*, VI, 681-82.

para un humanista renacentista eran barbarismos. Los cardenales del Renacimiento se escandalizaban de ellos, y hubo uno que, por otra parte, se confesaba de no poder resistir el fuerte y vigoroso lenguaje griego de Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, que acaso pensaba —y por tanto sentía y soñaba— en hebreo y tenía que traducirse violentando a las veces la lengua helénica. ¡Y qué geniales violaciones! ¡Y qué cosas inefables —“dichos indecibles”, como dijo él mismo— llegó a expresar y a acuñar en expresiones que llegarían a ser sagradas para los posteriores Santos Padres! De este dialecto popular evangélico surgió luego la lengua teológica escolástica —de escuela—, que hizo a su vez una lengua dialectal de clérigos.

Más favorable a la innovación protestante, se mostraba en *Hispania*, de Londres, en 1914⁵⁹:

Sí; ya sé que los escolásticos medievales escribieron en latín escolástico y Spinoza en latín y Leibnitz en francés; pero sé también que la mística no es sino la teología escolástica latina pensada y sentida y expresada en la lengua propia, en la lengua en que se pide el desayuno y se requiebra a la novia. Y sé que lo que hizo la Reforma fue poner en lengua vulgar el pensamiento religioso cristiano, es decir, sentirlo. Traducirlo a la lengua vulgar, se me dirá. No, otra cosa que traducirlo. La versión luterana de los Evangelios es algo más que una traducción, es una de las obras más originales de Lutero⁶⁰.

Comprensivo, pero no participante, se muestra sobre el latín católico, al comentar una de sus últimas y entrañables lecturas, la de la *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde las guerras de religión hasta nuestros días*, de Henri Bremond⁶¹:

En otro pasaje de la misma obra, comentando Bremond a Juana de Matel, fundadora de la Orden del Verbo Encarnado —de nuevo con la

⁵⁹ También sobre hispanoamericanismo. A propósito del artículo de Luis Araquistáin; *O.C.*, VI, 863.

⁶⁰ En *Carta abierta*, a don Casimiro Muñoz, escribía en 1899: “¡Ahora ha inventado Silvela lo de la libertad de la conciencia católica! ¡Usted sabe que no la hay aquí; el catolicismo es inconsciente. Se coge el Evangelio en latín, se le recorta en fragmentos que se doblan cuidadosamente y se meten dentro de una bolsita, labor monjil, que luego se cuelga del cuello a los niños, a niños que no han de leer nunca el Evangelio”; *O.C.*, VIII, 54. Lo cierto es que don Miguel valoró como algo no accidental esta cuestión de la lengua eclesiástica. Así en *Engaitamientos*, el 1 de febrero de 1933 en *Ahora*: “El lenguaje, vocal o instrumental, es un hábito, y por más que se diga que el hábito no hace al monje —¡vaya si le hace!—, lo seguro es que el monje se hace al hábito. Y el lenguaje, por tanto. ¡Este argumento, como prueba, es en latín!, solía decir, en su clase de Deusto, el padre Ocaña, S. J., y tenía razón el buen jesuita. Hay argumentos escolásticos que traducidos al vulgar se descomponen. Como cualquier doctrina, pasada de la lengua en que nació, cambia”; *O.C.*, XI, 1097. Y el 26 de diciembre de 1934, en el mismo diario madrileño: “Decididamente, nos está haciendo falta el latín del R. P. García Ocaña, S. J.” (*Reflexiones actuales*; no incluido en *O.C.* Le tomamos de E. Díaz: *Unamuno. Pensamiento político*, Madrid 1965, 820-21).

⁶¹ *O.C.*, XI, 1000.

venía de los de marras—, la que decía: “Señor, si yo entendiese el latín como Santa Catalina de Siena, os querría tanto como ella”, y que escribía con pluma rápida comentando lo del salmo: *Eruclavit cor meum... lingua mea calamus scribae veolciter scribentis*, o sea: “Regoldó (¡así!) mi corazón..., mi lengua, pluma de amanuense que escribe de prisa...”, dice el abate: “Corazón, lengua, pluma de amanuense vertiginoso, ¿habrá entrevisto ella, de una o de otra manera, el sentido de esas diversas palabras y el picante de su ensamblaje? Pues es una experiencia común entre aquellos que repiten palabras extrañas que en principio no entienden, pero a las que, quieran o no, les dan una suerte de sentido”. “¡Qué bien habla!”; ¿pero qué es lo que ha dicho? Estas palabras de la vieja al salir de un gran sermón que le ha arrebatado no son absurdas. “De aquí también —agrega el abate— *que en las numerosas visitas con que va a favorecer a Juana de Matel el Verbo no le hablará más que en latín*”. Natural en aquel Verbo y del siglo XVII. Yo, por mi parte, le oigo en el romance que el cielo y el campo de Castilla me han enseñado a desentrañar.

Y, sin embargo, curiosamente dirigiéndose a Juan Maragall, “nobilísimo poeta”, y por cierto enemigo del latín litúrgico, pone esta música en boca de *La catedral de Barcelona*⁶³:

Canta mi coro en el latín sagrado

.....
 Habita en mí el espíritu católico,
 y es de Pentecostés lengua mi lengua,
 que os habla a cada cual en vuestro idioma,
 los bordes de mi boca acariciando
 de vuestros corazones los oídos⁶³.

En cuanto a la misa latina, decía de pasada en 1907, al prologar la *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, de W. E. Retana⁶⁴:

Rizal pasó por un protestante, por un racionalista, por un librepensador, y en todo caso por un anticatólico. Y yo estoy convencido de que fue siempre un cristiano librecreyente, de vagos e indecisos sentimientos religiosos, de mucha más religiosidad que religión, y con cierto cariño al catolicismo infantil y puramente poético de su niñez. No me chocaría que, aun no creyendo ya con la cabeza en los dogmas católicos, hubiese alguna vez asistido a misa en alguna de sus correrías por Europa, con

⁶³ O.C., XIII, 244; de *Poesías* (1907).

⁶³ Cf. en O.C., XVI, 108: “Hello se extasiaba ante eso de que el *Credo* se cante. Se canta, sí, ¿pero no se reduce a letra, letra de música, tralalá de melopea? *Qui ex Patre Filioque procedit...*!”; de *La fe*. En otro orden de cosas, ironizando sobre el esperanto, escribía: “Y todo por no haber adoptado como lengua universal el latín litúrgico del capellán de monjas de mi pueblo”; *A diferenciarse tocan*, O.C., VI, 602.

⁶⁴ O.C., XVI, 782-83.

objeto de evocar en su espíritu reminiscencias de su niñez, *pues la misa católica es la misma en todas partes, y uno que nació y se crió católico, en ningún sitio mejor que en un templo católico puede, fuera de su patria, hacerse la ilusión de encontrarse en ella.*

Pero vayamos con otro de los capítulos del medievalismo unamuniano, todavía directamente conexo con el religioso.

El trono y el altar

Las relaciones entre uno y otro ocuparon varias veces a don Miguel. Vamos, desde luego, a prescindir de los supuestos concretos de actualidad que a ello le indujeron. Solo cuando los términos totalizadores en que lo hizo le dejaron aludir a las raíces medievales del planteamiento, va a interesarnos.

Y aquí sí nos vamos a encontrar con una contradicción bien viviente.

La postura negativa hacia todo maridaje entre lo temporal y lo espiritual, la expresó ya en un artículo aparecido en 1904 en el madrileño *Nuestro tiempo*, bajo el bien claro título de *Religión y patria*⁶⁵:

Y entonces fue cuando pidió que le mostrasen la moneda del tributo: le presentaron un denario, y les preguntó: "¿De quién es esta figura y lo que está escrito encima de ella?"; y al responderle: "De César", pronunció la famosa sentencia. Sentencia que equivale a decir: Yo nada tengo que ver con estas disensiones terrenas de independencia patria o de dominación extranjera⁶⁶; yo no tengo que ver con que los romanos nos dominen para extender su cultura, o seamos los judíos independientes de ellos para mantener nuestra personalidad colectiva: ¡mi reino no es de este mundo!

Pero durante la Edad Media, y al caer el Imperio Romano, encontróse la Iglesia Católica como el único poder internacional fuerte, como el casi único lazo de unión y de cultura entre los diversos pueblos, *y hecho aquel*

⁶⁵ O.C., III, 658-59.

⁶⁶ Poco antes había escrito: "Porque es el caso que, en tiempo de Cristo, estaba el pueblo judío bajo la dominación romana, sometido por un pueblo extraño, y soñando con el recuerdo reciente de los Macabeos, en la independencia patria. Estaba en condiciones análogas a la de los españoles bajo la dominación árabe o bajo la invasión napoleónica". Este parangón supone una visión convencional de la historia española que no tiene en cuenta la índole en mucha parte autóctona de los períodos árabe y francés. Sobre el primero volveremos luego. Para el segundo, cf. MIGUEL ARTOLA: *Los afrancesados* (Madrid 1953). Ad exemplum citamos este párrafo de una carta dirigida por un Sr. Huizi desde Madrid y nada menos que el 8 de mayo de 1808 al ex-irrey de Méjico retirado en su nativo Alicante, don Félix Berenguer de Marquina: "... en las bien concretadas medidas que el gobierno tiene, el cual quiere que cada uno se esté quietecito en su casa y *donde le hallen estas pasajeras efervescencias del populacho*; con lo que con lo demás ministerial, que no se ocultará a la noticia de Vd., doy por supuesto que no tratará ya de moverse de su rincón, hasta ver el resultado de tantas novedades que se están dando". Está inédita en el archivo familiar.

monstruoso maridaje entre el Evangelio y el Derecho romano, el sermón de la montaña y las doce tablas —monstruoso maridaje de que brotó el Derecho canónico—, se trocó el sentido religioso genuinamente cristiano. Y así se ven hoy tantas anomalías.

Y antes todavía, en una de sus cartas a Ganivet, había rechazado, tanto la coyunda universal a que acabamos de referirnos, como la concreta y de índole más exclusivamente nacionalista arraigada en nuestro país desde nuestra pugnaz configuración medieval, que luego habrá aparte de ocuparnos ⁶⁷:

Lo que más acaso ha estorbado el desarrollo del espíritu cristiano en España es que en los siglos de la Reconquista se hizo de la cruz un pendón de batalla y hasta un arma de combate, haciendo de la milicia una especie de sacerdocio. Las órdenes militares y la leyenda de Santiago en Clavijo son en el fondo impiedades y nada más. El patriotismo tal y como hoy se entiende en los patriotismos nacionales es un sentimiento pagano. Decimos con los labios que todos los hombres somos hermanos, pero en realidad practicamos el *adversus aeterna auctoritas*, y tenemos de la fraternidad la idea que tienen las tribus salvajes: sólo es hermano el de la misma tribu.

... Y ¡a qué monstruosidades nos ha llevado el infame contubernio del Evangelio cristiano con el Derecho romano! Una de ellas ha sido la consagración religiosa que se ha querido dar al patriotismo militante.

Ahora bien, en una ocasión más tardía y por lo tanto más madura, pero también mucho más solemne, en *La agonía del cristianismo*, su postura es mucho más radical, en cuanto no es solamente la alianza de trono y altar lo que merece su repulsa, sino toda actuación religiosa temporalista ⁶⁸. Hela aquí ⁶⁹:

De donde se ve que buscaban perderle por antipatriota, porque su reino no era de este mundo, *porque no se preocupaba ni de economía política, ni de democracia, ni de patriotismo.*

Pero después de Constantino, cuando empezó la romanización de la cristiandad, cuando empezó a querer convertirse la letra, no el verbo, del Evangelio en algo así como una ley de las Doce Tablas, los Césares se pusieron a querer proteger al Padre del Hijo, al Dios del Cristo y de la cristiandad. *Y nació esa cosa horrenda que se llama el Derecho Canónico. Y se consolidó la concepción jurídica, mundana, social, del supuesto cristianismo.* San Agustín, el hombre de la letra, era ya un jurista, un leguleyo. Lo era San Pablo. A la vez que un místico. Y el místico y el jurista luchaban en él. De un lado, la ley; de otro, la gracia.

⁶⁷ O.C., IV, 1000-1.

⁶⁸ No vale la pena aludir a la vulgar extrapolación de ver en don Miguel un corifeo en potencia de la democracia cristiana o la doctrina social de la Iglesia. Es increíble hayan caído en ellas unamunianos de la seriedad de Zubizarreta.

⁶⁹ O.C., XVI, 510-11.

Derecho y deber no son sentimientos religiosos cristianos, sino jurídicos. Lo cristiano es gracia y sacrificio. Y eso de la democracia cristiana es algo así como química azul. ¿Es que puede ser cristiano lo mismo el que sostiene la tiranía que el que apoya la democracia o la libertad civil? Es que el cristiano, en cuanto cristiano, no tiene que ver con eso.

Pero como el cristiano es hombre en sociedad, es hombre civil, es ciudadano, ¿puede desinteresarse de la vida social y civil? ¡Ah!, es que la cristiandad pide una soledad perfecta; es que el ideal de la cristiandad es un cartujo que deja padre y madre y hermanos por Cristo, y renuncia a formar familia, a ser marido y a ser padre.

Textos elocuentes, incluso rígidos. Y, sin embargo, en 1910, con motivo de la prohibición por el gobierno liberal de una concentración vasca de protesta en San Sebastián contra “la política antimonástica” de aquel, comentaba desde su tribuna bonaerense de *La Nación*⁷⁰:

Que la protesta era política... ¡Naturalmente que lo era! y debía serlo. *El catolicismo es político; lo es y debe ser.* Esos pobres liberales inconscientes sacan en seguida en estos casos el Cristo y hablan del Evangelio, como si Cristo y el Evangelio no les cogieran ya bastante lejos a la Iglesia católica y al catolicismo. *Y aun Cristo y el Evangelio son también políticos... ¡pues no han de serlo!*

Y luego de aludir a la negativa de Jesús a ser proclamado rey por las turbas, “después de aquello de los panes y los peces”; a la frase sobre el denario; y a la índole irrisoria del cartel con que sobre la cruz como rey de los judíos le apostillaron, sigue:

Pero nada de esto quiere decir que la obra de la redención cristiana no fuese una obra profunda y esencialmente política. Querer separar la religión de la política es una locura tan grande o mayor que la de querer separar la economía de la política. No ya el catolicismo, sino el cristianismo y toda religión tiene que ser política⁷¹.

Es una aplicación decisiva para el hacer hispano que en suerte nos cupo en el torneo de la Historia, la lucha contra el Islam, lo que ahora vamos a abordar en el mundo de nuestro rector.

⁷⁰ O.C., IV, 732-33.

⁷¹ *En Palencia*, dentro de *Andanzas y visiones españolas*, había escrito sin polemizar: “La catedral, manadero de frescura del espíritu, fue el alma de esa ciudad episcopal y condal de consuno. Y lo decimos porque el obispo de Palencia es, por serlo, conde de Pernia; a la mitra va aneja, como en Coimbra, una corona condal. El caudillo eclesiástico lo era a la vez civil o más bien feudal; lo que quiere decir que la Iglesia se había civilizado. Y ello arranca de fondo romano”; O.C., I, 824.

La Reconquista

En una de sus cartas a Ganivet, tomaba clarísimo partido por la trascendencia de la misma para la acuñación de nuestra psique colectiva y la determinación de nuestro comportamiento vital⁷³:

La influencia mayor que sufrió España después de la predicación del cristianismo, la que dio vida a nuestro espíritu quijotesco, fue la arábica. Convirtiendo nuestro suelo en escenario, donde diariamente se representó, siglo tras siglo, la tragedia de la Reconquista, los espectadores hubieron de habituarse a la idea de que el mundo era el campo de un torneo, abierto a cuantos quisieran probar la fuerza de su brazo. La transformación psicológica de una nación por los hechos de su historia, es tan inevitable como la evolución de las ideas del hombre, merced a las sensaciones que va ofreciéndole la vida.

Este pensamiento le coloca al lado de don Claudio Sánchez-Albornoz, por citar el más ilustre mantenedor hoy de la postura hasta cierto punto tradicional, frente a un revisionismo que ya hace años nos ha llegado de campos diversos y que tiende a rebajar el papel histórico de la Reconquista⁷³. Pero ello no quiere decir que se le escapasen los incentivos económicos de la empresa. *Por el alto Duero*, escribía en *Ahora*, el 18 de julio de 1933:

Sobrio y austero Duero, de cuya cuenca se salió el salido Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*, llamando por pregón en tierras de Castilla a los que quisieran salir de pobres —“quien quiere perder cueta e venir a ritad”— y enriquecerse a costa de moros en Valencia. Y dejaron sus humildes hogares serranos aquellos cruzados de la indigencia.

... Y pensé lo que cuando el Cid Campeador llamó a riqueza a sus convecinos, “salidos” como él, serían las barracas de los moros de la huerta de Valencia, de “Valencia la casa”, “Valencia la clara”, “Valencia la mayor”, Valencia la grande”. ¡Pobre Soria!⁷⁴.

⁷³ O.C., IV, 970.

⁷³ Cf. su *España un enigma histórico* (2.ª ed., Buenos Aires 1962), II, pp. 9-10: “Considero a la reconquista clave de la Historia de España. Lancé este pensamiento en Praga hace un cuarto de siglo. Lo he repetido muchas veces en monografías, ensayos y disertaciones. La última, en la Sorbona, hace muy poco tiempo. Mi idea de ayer y de hoy enfrenta muchas afirmaciones ajenas. Estudiosos de campos muy distintos han mostrado y muestran aún una desdenosa o equivocada concepción de ese gran proceso histórico”. Y luego de referirse, como ejemplos, a Ortega y Gasset, Altamira, Américo Castro y Caro Baroja: “Es posible que esta tajante afirmación escandalice a muchos auténticos historiadores y que llegue a ser calificada de exageración española. No me escandalizaré yo de tal reacción. Me asombraría como el que más si alguien presentase este o el otro suceso o rosario de sucesos como clave de la historia de un pueblo. No descubro en el pasado de las viejas naciones de Europa empresa alguna que explique cómo se ha forjado su personalidad histórica. Dudo de que ninguno de los maestros de la historia europea puedan descubrirla. Y yo mismo he sostenido, antes, que ningún proceso histórico basta a explicar el pretérito de ninguna comunidad humana”.

⁷⁴ O.C., I, 1046. *En torno al casticismo*, alusión a la preocupación cidiana por el botín; O.C., III, 236.

Pero hay algo que va más allá de esa valoración en los individuos y sus caudillos de las esperanzas de medro, como impulsoras de su brazo. Es una cierta visión de la Reconquista toda como una lucha lógica entre el cristiano ganadero y el moro agricultor⁷⁵, reproduciendo así una vez más esa primera guerra civil entre Abel y Caín, que para don Miguel, y gustó muchas, muchas veces, de recordárnoslo, estuvo en el origen de la Historia⁷⁶:

El pueblo judío, por su parte, pueblo de pastores, inicia su leyenda histórica por el asesinato de Abel el pastor, por su hermano Caín, el labrador, de cuya sangre surgieron los ciudadanos. Pero los que conocemos pueblos de abelitas, de ganaderos, sabemos que éstos han perseguido por envidia a los hortelanos. Tal aquí, en España, se hizo con los moriscos. Y la expulsión de los judíos, que habían dejado ya de ser pastores de ganados para ser pastores de ganancias amonedadas, ¿no fue obra también de envidia?

Pero volviendo a la entraña reconquistadora, en cuanto se grabó en las profundidades de nuestro inconsciente colectivo, a ella le achaca don Miguel nuestro sopor de la Edad Moderna. También en el período republicano, esta vez en *El sol*, el 26 de noviembre de 1931, meditaba *Por las tierras del Cid*⁷⁷:

¡La Reconquista! ¡Cosas tuvieron nuestros Cides que han hecho hablar a las piedras! ¡Y cómo nos hablan las piedras sagradas de estos páramos! Reconquistado su suelo, Castilla, que había estado de pie, se acostó a soñar en arrobos, en arrobo sosegado, cara al Señor eterno. Y soñó recuerdos y esperanzas: soñó esas "sirenas del aire" que posaron, empedernidas, en los capiteles románicos, aunque los más ni soñaban: cuidaban sus ganados, sus veceradas y roturaban sus campos. Tenían tanto sueño, sueño de cansancio secular, que ni les dejaba soñar. Dormían la vida en Dios, que era quien les soñaba. Era el sueño de la Reconquista. Y en tanto corrían las aguas del Ebro al mar de Roger de Lauria, y las del Duero, al mar imperial de Colón, de los Reyes Católicos, católicos de catolicidad, de universalidad española⁷⁸.

Y en 1916, al reseñar la publicación en Bari del libro de Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, comentando la superioridad cultural itálica de entonces, escribe⁷⁹:

Los españoles que fueron a Italia, a Nápoles, con Alfonso de Aragón, fueron de aquellos rudos españoles, almogávares y otros, que luchando

⁷⁵ Es la misma tesis del notario de Frómista, JULIO SENADOR: *La canción del Duero. El arte de hacer naciones y de deshacerlas* (Madrid 1919).

⁷⁶ *Más de la envidia hispánica*, en *Ahora*, 18 de abril de 1934; *O.C.*, V, 683.

⁷⁷ *O.C.*, I, 1020-21.

⁷⁸ Véase su evocación en los originarios paisajes asturianos, en *La eterna reconquista*; *O.C.*, I, 1055.

⁷⁹ *Italianos y españoles en el Renacimiento*; *O.C.*, V, 149-50. De ese enerva-

contra los moros y por arrojarlos de España y a la vez de Europa, no se habían refinado y pulido en las bellas artes de la paz y de la civilización. En el mismo entusiasmo de Alfonso de Aragón por los estudios había, como advierte Croce, algo de bárbarico y de provinciano.

Hay más. Y es que para don Miguel, algo tan significativo como la falta del sentimiento de la naturaleza en nuestras letras, tiene unas raíces medievales determinadas por la empresa reconquistadora. Nos lo confesó al aludir a la excepción de Fray Luis de León, meditando en su caro paisaje de *La Flecha*⁸⁰:

Ofrecémosen, en general, este pueblo como pueblo urbano y guerrero, sin clara conciencia de la hermosa soledad de la austera llanura que lo sustenta. Recogido en ciudades y poblados donde se defendía y amparaba de las incursiones del moro y de los contrapuestos rigores de la intemperie, desarrolló en su espíritu sentimientos sociales de viril independencia y de anárquica altivez, más no fue a bañarlo en la calma sedante de la reposada campiña que ante él se desplegaba serena y seria. Su campo fue campo de labor y de batalla, al que la lucha de ocho siglos no le dio

miento en que la Reconquista nos dejó para las lides futuras, con su lastre de anacronismo, se ocupó don Miguel otras veces. Así en *Castillos y palacios*, en *El sol*, el 15 de diciembre de 1931 (*O.C.*, I, 948-49): “*Madrid, castillo famoso que al rey moro alivia el miedo...* Al rey moro puede ser; pero, ¿a los reyes de España, no ya reyes castellanos? ¿A los reyes, que acabada la reconquista contra la morisma empiezan la contrarreforma? Madrid dejó de ser castillo, y talado el madroño en que se apoyaba el oso —¿el de don Favila?—, se hizo palacio... Con Carlos V se acaban los reyes castellanos, que ni aun él, debelador de los comuneros de Castilla, lo fue en rigor. Su hijo, covachuelista, se encierra a morir en El Escorial, que no es ni castillo ya, ni todavía palacio, sino monasterio; no torre de templarios belicosos, sino convento de comunidad de jerónimos pacíficos para el esplendor del culto litúrgico”. Y en *Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios*, en *El sol* también, al año siguiente, en torno al castillo de Manzanares, dice cómo éste “con otros de su laya, dieron cuño caballeresco y castellano, entre gótico y morisco, a la Sierra, antes que El Escorial, después de San Quintín, vencida ya la caballería castellana, le diese sello imperial, español, herreriano, rígido, majestuoso y monástico”; *O.C.*, I, 971. En *Santiago de Compostela*, dentro de *Andanzas y visiones españolas*, había escrito sobre este aspecto de la Reconquista: “No en vano fue Santiago durante siglos centro de romerías internacionales. Lo internacional ahoga todos los regionalismos estrechos y robustece lo nacional. Los devotos peregrinos venían, al venir a Santiago, a España, y cruzando España, y no a Galicia; ventan a visitar el sepulcro del patrón de España y no de Galicia sólo. ¡Santiago y cierra España!, fue nuestra divisa medieval española; pero al cerrar Santiago a España abría y rompía sus barreras interiores, fundía a sus pueblos todos en la lucha común contra la morisma”; *O.C.*, I, 659. Nos parece que hay aquí una cierta implicación en la empresa bélica hispana, de patronazgo jacobeo, con la mera devoción apostólica ultrapirenaica. Sobre esta distinción, JOSÉ MARÍA LACARRA: *Espiritualidad del culto y de la peregrinación a Santiago antes de la primera cruzada*, en *Pellegrinaggi e culto dei Santi in Europa fino alla Iª Crociata* (Centro di Studi sulla Spiritualità medievale, Todi, IV vol. de los “Atti”), pp. 115-44; reimp. en *Estudios de Alta Edad Media* (Valencia 1971), pp. 195-224. Ya vimos atrás el punto de vista unamuniano sobre las órdenes militares. Coincide vg. con el novísimo de DESMOND SEWARD: *The monks of war. The Military Religious Orders* (Londres 1972).

⁸⁰ *O.C.*, I, 46.

bastante tregua para mirarlo con ojos de paz y de sosiego. Y así vemos que lo culminante en su literatura es el teatro, en cuyas tablas y al aire libre no pocas veces juegan las pasiones sus conflictos y el hombre y sus actos lo absorben todo.

Si paramos mientes en que al terminar *Por tierras de Portugal y de España*, había escrito nuestro rector que para él no había ningún paisaje feo⁸¹ no necesitaremos ponderar la trascendencia de la antecedente meditación.

Y antes de dejar este apartado, hemos de recoger una alusión a la índole extranjera de los moros españoles, que así lo fue para don Miguel, no liberado en este sentido de un lugar común de nuestra historiografía corriente, perdidosa de vista de lo masivo de las conversiones hispanas al Islam y de la escasa aportación demográfica al país de los árabes y bereberes invasores. Escribió en *Religión y patria*⁸²:

No sé si debido a la lucha de ocho siglos que nuestros abuelos sostuvieron con los moros, a la vez que no cristianos, enemigos de las nacionalidades españolas de entonces, el caso es que aquí, más que en otros pueblos, se ha operado cierta fusión entre el sentimiento patriótico y el religioso, dañosa a ambas, pero más acaso al religioso que al patriótico.

De muy distinta manera pensaba don Quijote, cuando, al salir de casa de los duques, y encontrarse a unos labradores que llevaban a su pueblo imágenes para un retablo, una de las cuales era la de "San Diego matamoros", le comentaba de él a Sancho: "...y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros españoles han tenido"⁸³.

Pueblo, estamentos, rey

Como la historiografía soviética de hoy insiste, y aun partiendo de premisas radicalmente distintas, don Miguel vio en el medievo que ha acertado a abrirse camino hasta nosotros a través de la niebla del tiempo, una fuerza creadora popular que no pudieron ahogar las dificultades ambientales. En un bellissimo artículo que a *Doña Ximena* dedicaba en *Caras y caretas*, de Buenos Aires, el 1921⁸⁴, se refería, como un botón de muestra, a ese

⁸¹ O.C., I, 591.

⁸² O.C., III, 655.

⁸³ Segunda parte, capítulo LVIII. Nota Salvador de Madariaga en su edición (Buenos Aires 1962) cómo Cervantes muestra aquí haberse dado cuenta de que la Reconquista fue una guerra civil cual las otras.

⁸⁴ O.C., V, 210: "¡Doña Ximena! ¡He aquí una Dulcinea de carne y hueso, de vida y alma, poética e histórica a la vez, épica!... ¿Herófina la esposa del héroe? ¡Sí! El héroe lo es casi siempre por la compañera de la vida, por la que es carne

“viejo y venerable *Cantar de mio Cid* en que el alma del pueblo de Castilla balbuce sus primeras visiones a mediados del siglo XII”. Y antes, en 1894, en la madrileña *Revista española*, al estudiar otro poema épico, si bien este moderno, pero de muy antigua inspiración, y muy español, y medieval incluso por ultramarino que sea, *El gaucho Martín Fierro*, pondera la confusión medieval entre lo popular y lo culto en la esfera de la poesía ⁸⁵:

Casi imposible es clasificar a nuestro viejo *Poema del Cid* como popular o como artístico, porque en el tiempo en que fue compuesto, apenas podía darse tal distinción en producciones escritas en el aún balbuciente romance castellano. En cuanto proceda de juglares o cantores más o menos letrados, podría llamarse artístico; pero como tales cantores vivían en íntima comunión con el pueblo y con él pensaban y sentían, su poema es profundamente popular. Porque el germen del elemento artístico, que toda producción literaria, aun la más popular, lleva en sí, radica en proceder de un solo autor, que le da la forma, lo artístico, haya después más o menos arregladores, así como el elemento popular, que por mínimo que sea, encierra aún la composición más artística o erudita, deriva de que ese autor es parte de una sociedad, en la cual vive, con la cual piensa y siente en comunicación más o menos íntima, de cuyo espíritu colectivo se alimenta su espíritu individual, de la cual toma las ideas y los asuntos lo popular.

Inmediatamente ⁸⁶ pone por encima ese colectivismo creador y anónimo del individualismo lírico —lo que no siempre quiere decir de intimismo de buena ley— de sus días, y se complace en la supervivencia de los temas medievales en la literatura de cordel ⁸⁷:

¡Felices tiempos para la poesía aquellos en que la más elevada era popular, porque todos eran pueblo, comían los criados a la mesa del señor, e iban las hijas de los reyes, como la Nausicaa homérica, a lavar sus paños al agua, como canta una canción infantil, es decir, homérica, de corrol! Pudo producirse un *Poema del Cid* o una *Chanson de Roland* cuando toda una nación era pueblo y tenía héroes... Basta, sin embargo, acercarse a cualquier puesto de *pliegos sueltos* para ver junto a los que cantan las hazañas del último bandolero o la última jota de la última zarzuela insípida y de moda, pliegos de Carlo Magno, del Cid, de Oliveros, de Bernardo del Carpio, mezclados con los de José María, Can-delas o Espartero ⁸⁸.

de su carne y hueso de sus huesos, por la que anda confundida con él tanto como en la sangre de sus hijos, en la de sus obras de espíritu”. Pensemos en la felicidad hogareña de nuestro rector.

⁸⁵ *O.C.*, VIII, 59-60.

⁸⁶ *O.C.*, VIII, 61-62.

⁸⁷ Recordemos el entusiasmo de Pío Baroja por esta literatura popular, recientemente estudiada en una buena monografía por su sobrino Julio Caro.

⁸⁸ Don Miguel gustó también de esa cierta ingenuidad de la literatura medieval. En *A lo que salga*, se refirió al “modo de los cronicones de aquellos ingenuos

Y de los personajes medievales, gustó sobre todo nuestro rector de los que, encarnando en un cierto modo de *pathos* del pueblo, se hacían amar por eso de él, como el trágico rey vecino enamorado fatalmente de doña Inés de Castro⁸⁹:

El buen pueblo portugués del siglo XIV amó a su rey don Pedro, llamado, como el de Castilla, el Cruel, y le amó porque el rey era quien le defendía de las exigencias del clero y de los desprecios de los hidalgos, porque oía en la corte sus reclamaciones, por ver en él un seguro mantenedor del derecho de la justicia; le amaba porque le veía gobernar con eso, le amaba como rey justiciero y padre equitativo, le amaba como hombre liberal y agasajador, le amaba porque le tenía miedo. “Y amábale también —escribe Antero de Figueiredo al concluir su excelente libro *Don Pedro e Doña Inés*, libro henchido de calor y de color—, le amaba también y sobre todo porque comprendía, como si fuera suyo, ese corazón flaco en rey poderoso, blando corazón de criatura en contradictoria alma de tirano, ¡apasionado corazón portugués, que enloquece y se pierde por el amor de una mujer!”.

De la ordenación medieval de la sociedad en *aratores*, *bellatores* y *oratores*, no asimilaba don Miguel el elemento que podía dar lugar a un profesionalismo militar que necesitase para vivir y justificarse la guerra⁹⁰, el cual era también el que le apartaba del mundo feudal⁹¹:

La barbarie de la Edad Media se caracterizaba por el régimen de castas, de gremios, de profesiones cerradas, íntimamente conexionado con el feudalismo. El feudalismo es la barbarie, aunque hubiese libertades comunales. Las guerras las ocasionaban y provocaban y dirigían los príncipes, sin que los pueblos supiesen, por lo común, ni por qué ni para qué peleaban. Y los ejércitos eran dirigidos por profesionales de la milicia, por condotieros, por técnicos, es decir, por bárbaros. Y cuando los conducían ciudadanos, hombres que tuviesen conciencia de civilidad y las guerras eran populares, entonces... ¡la cosa es triste!, llevaban las de perder.

Sentimentalmente, don Miguel dio muchas pruebas, a lo largo de su producción, y acaso la más creadora, de estimar la caballería medieval y

monjes medievales; diarios en que asientan todos los chismes de vecindad, todas las comadrerías, las chichorrerías todas de cotarrillo que van recogiendo por el mundo. En tal orden puede hacerse una obra maestra, como las *Memorias*, de Saint-Simon, o la *Crónica* de Fra Salimbene. Chismes de corte o chismes de convento, ¿qué más da?”; *O.C.*, III, 801.

⁸⁹ *La tragedia de Inés de Castro*; *O.C.*, VIII, 1039-40.

⁹⁰ *Sobre la tragedia del príncipe constante*; *O.C.*, VIII, 1065: “No cabe ciertamente exponer de una manera más clara y cínica, casi maquiavélica —antes de Maquiavelo—, el principio del profesionalismo militar, que ya que haya militares y ejércitos tienen que hacer guerra para así tomar la cruz y seguir al señor. ¡Tomar la cruz! O más bien ganarla, y si es posible pensionada”.

⁹¹ *La pureza del idealismo*; *O.C.*, VIII, 1127.

sus ideales⁹². Como un botón de muestra podemos citar los arpegios que le arrancó una de sus visiones de Zamora en el recuerdo⁹³:

Zamora del recio ensueño,
mi románica Zamora,
poso en Castilla del cielo
de las leyendas heroicas
del lejano romancero.

No vendría a cuento tratar de ponderar aquí la inmensa influencia ejercida en nuestro rector por la persona y la vida de don Quijote, su Señor que gustaba de llamarle. Recordemos sólo el papel muy decisivo en la obra unamuniana de la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Y tengamos presente cómo a cada paso de su muy vivido comentario le parangonaba con las gestas de su paisano Iñigo de Loyola, en su otra caballería a lo divino. Era esta forma caballescaca, tan frecuente en España y en Indias, la que polarizaba, desde luego, las preferencias de don Miguel. Vamos a limitarnos a citar, por esta vez, de un libro tan revelador como *Del sentimiento trágico de la vida*⁹⁴:

¿Qué era, en efecto, la caballería, que luego depuró y cristianizó Cervantes en *Don Quijote* al querer acabar con ella por la risa, sino una verdadera monstruosa religión híbrida de paganismo y cristianismo, cuyo Evangelio fue acaso la leyenda de Tristán e Iseo? Y la misma religión cristiana de los místicos —estos caballeros andantes a lo divino—, ¿no culminó acaso en el culto a la mujer divinizada, a la Virgen Madre? ¿Qué es la mariolatría de un San Buenaventura, el trovador de María? Y ello era el amor a la fuente de la vida, a la que nos salva de la muerte.

Ni que decir tiene que, por otra parte, no se escapó a don Miguel la otra cara cruenta de todo este mundo⁹⁵.

⁹² De la caballerosidad medieval, escribe A. Ubieto, desde un punto de vista ya de historiografía muy revisionista, cómo “esta característica fue tan importante que sin ella no se puede comprender la Edad Media” (*Introducción a la Historia de España*, de id. y otros, 6.ª ed., 1969, p. 67).

⁹³ *Canciones y poemas de Hendaya*, núm. 332; *O.C.*, XV, 218.

⁹⁴ *O.C.*, XVI, 346. *Extramuros de Avila*, al cerrar sus *Andanzas y visiones españolas* (*O.C.*, I, 845), comentando la deposición en efigie de Enrique IV, tal y como la narrara el P. Mariana, apostilla: “Así, mediado el siglo XV, en las afueras de Avila de los Caballeros. Las recias murallas, calentándose al sol desnudo de Castilla, se estremecieron acaso en su meollo viendo ese ejemplo de caballerosidad altanera”. Sobre el amor medieval a la gloria (en Dante y en San Francisco de Asís incluso), *Desde el rincón. Una carta* (*O.C.*, XI, 948) y *Secretos encantos de Bilbao* (*O.C.*, X, 610). “Un domingo lluvioso de este noviembre, mes de la conmemoración de las ánimas benditas”, *En la villa de Pedraza de la Sierra* (*Ahora*, 20 de noviembre de 1934; *O.C.*, I, 1064), vela “coronada por su castillo, Castillo castellano, no alcázar morisco”. No conduciría a nada seguir multiplicando citas de minucia.

⁹⁵ Véanse *La casa-torre de los Zurbarán*, sobre los banderizos de Bilbao (*O.C.*, I, 225; forma parte del libro *De mi país*), como también *Mi raza* (*O.C.*, VI, 329), y *Mudarra, el hijo de la cárcel* (*O.C.*, V, 143; “el consuelo mayor en aquellos malos tiempos, lo mismo que en estos más civiles, era la venganza”).

El encanto de una Edad sin fronteras

Camino de Yuste, en 1920, luego de recordarnos don Miguel como “en cierto sentido entonces, cuando era más lento el viajar, se viajaba más de verdad, se recorría más de veras el camino”, de manera que “el romero o peregrino medieval conocía mucho mejor el país porque viajaba más que un turista moderno”, con la consecuencia de que “han sido las grandes rutas, los caminos que han suprimido las distancias y con las distancias el goce reposado de los pasos comedidos y contemplativos, los que han aislado a ciertas regiones y hasta las han vuelto salvajes”, nos mostraba el muy otro panorama del medievo⁹⁶:

Entonces, lo interesante, lo vivo, era el camino. La vida misma era un camino que se recorría a pie y gozándose en cada posada. Los reyes mismos eran reyes andariegos. *Y nunca ha habido acaso una edad más universal, de más activo comercio de espíritu entre los diferentes pueblos, que lo fue la Edad Media. Las leyendas recorrían, a pie y de boca en boca, Europa entera. Y la civilización, una civilización eclesiástica y clerical, se colaba por todas partes.*

Y ya seis años antes, al comentar el libro de viajes del portugués Fernán Mendes Pinto, publicado en los primeros años del XVII, apostilla⁹⁷:

El pueblo japonés vivía entonces en plena Edad Media, en época de feudalismo, es decir, de efervescencia íntima, de abierta inquietud de espíritu. Porque, ¿ha habido en Europa época alguna de más comercio en ideas y sentimientos, de mayor curiosidad concreta que la Edad Media? Hasta recelo que una cierta mal enmascarada barbarie se abrió con el Renacimiento y la Reforma, al iniciarse la pedantería.

Y ese internacionalismo, esa verdadera universalidad —ya sabemos lo bien que don Miguel distinguía esta de lo falsamente cosmopolita, viéndola, al contrario, en lo local y a veces en lo individual— tenía un tinte religioso que tramontó ya y nuestro rector destacó en *La agonía del cristianismo*⁹⁸:

Lo que acabó fue aquella cristiandad paganizada y petrificada en el Sacro Romano Imperio, el de las luchas del Pontificado y el Imperio; se acabaron los Estados Unidos de Occidente, y empezó la era de las nacio-

⁹⁶ *O.C.*, I, 814. *En torno al casticismo* (*O.C.*, III, 275-76) alude a cómo “el franciscanismo, la gran marea religiosa del siglo XIII fue la mística popular, una internacional religiosa y laica, especie de estado de conciencia europea, que borró fronteras”. Cf. *Svástica*, sobre las dos universidades o catolicidades, la cristiana y la socialista; *O.C.*, XI, 1089).

⁹⁷ *O.C.*, VIII, 1050; *Primera visión europea del Japón*.

⁹⁸ *O.C.*, XVI, 486. Sobre la convivencia de las tres religiones en la España medieval, véase su prólogo a la traducción española de *El Zohar en la España musulmana y cristiana* (Madrid 1931), del judío Ariel Bension (*O.C.*, VII, 434). Y su poema a Benjamín de Tudela (*Canciones y poemas de Hendaya*, núm. 1542; *O.C.*, XV, 696).

nalidades, de la diosa Francia, y la diosa Inglaterra, y la diosa Germania, y la diosa Roma, y la pobre subdiosa Italia. Y en adelante podrán unirse los ciudadanos sedicentes cristianos, para un fin patriótico, nacional o económicosocial, pero nunca para un fin exclusivamente religioso.

Laudator temporis acti, hasta cierto punto, aquí, pues.

La Edad Media de la evasión

En su niñez bilbaína se dejó el futuro don Miguel impresionar por el espectáculo ingenuo de los gigantes y cabezudos de su villa, que así nos describe en cuanto nos atañe⁹⁹:

Eran seis los gigantes de la Edad Media, y sus enanos, dos. Representaban aquellos por parejas Europa, Asia y Africa, pues eran, además del grave don Terencio, vestido de estudiante, símbolo de la Europa, estudiante eterna, y de la garbosa y buena moza de doña Tomasa, sal de la tierra, con su mantilla y su gigantesco gracejo, dos árabes y dos reyes moros.

Este sencillo recuerdo infantil nos lleva, sin embargo, como de la mano, a esa visión que nuestro rector no dejó alguna vez de tener de una Edad Media propicia al ensueño, a la imaginación, a la inventiva, de un mundo un tanto neblinoso y por eso conciliado con el placer de crear, aunque fuese un poco a la manera de Sir Walter Scott, a quien al fin y al cabo nadie rechazará del emporio de los creadores y soñadores, ya que sí del de los historiógrafos¹⁰⁰. Notemos cómo se deja arrastrar por él en unas de sus mejores páginas¹⁰¹:

Entre las trece cosas preciosas que había en la isla de Britania, según la leyenda céltica galesa, era una la carroza de Morgan Mwynvawr, que quien se sentara en ella era en seguida llevado adonde quisiera. Tal carroza son sin duda los maravillosos cuentos de los *Mabinogi*, las leyendas del país de Gales, de donde salió el ciclo llamado bretón de Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda.

... En ese mundo a que nos lleva la carroza de Morgan Mwynvawr reina una libertad absoluta; es el mundo del ajedrez de Gwenddolen, otra de las trece preciosidades que había en la isla de Britania, Ese ajedrez era de oro y sus piezas de plata; y cuando se las colocaba en sus sitios, jugaban ellas por sí mismas.

⁹⁹ *Los gigantes*, en *De mi país*; *O.C.*, I, 107.

¹⁰⁰ Cf. sobre la incompatibilidad tantas veces pregonada por Pío Baroja, de la claridad de su mundo contemporáneo con la imaginación novelesca, Julio Caro Baroja, prólogo a *Las inquietudes de Shanti Andía* (Biblioteca Anaya, Salamanca 1970), pp. 20-22.

¹⁰¹ *Lo que vio Peredur* (*Notas de estética*); *O.C.*, VIII, 775.

Y muy poco después, nos encontramos ya con una confesión abierta de cómo le era dado a él mismo evadirse por aquellos caminos ¹⁰²:

¿Qué voy a hacer ya que tristes circunstancias del bochornoso estado en que yace mi patria me impiden salir, como otros veranos, a recorrer rincones de España, repliegues de sierras, cumbres de montañas, orillas de ríos, páramos de la llanada o callejas de ciudades seculares? Pero aquí está la carroza de Morgan Mwynvawr. La carroza de Morgan Mwynvawr era una de las trece cosas preciosas —otra era el manto de Arturo— que había, según la leyenda céltica galesa, en la isla de Britania. El que se sentaba en ella era llevado adonde quisiera. Pero yo quiero ir adonde ella me lleve y que me ahorre el tener que querer, que no es poco trabajo.

Y en esa Edad Media cuya barbarie no le escapó, incluso a veces exagerándola, como en el caso de la sociedad feudal en sí, don Miguel supo también detectar la belleza. Buenas evocaciones consagró a la de sus mujeres ¹⁰³ y su idioma ¹⁰⁴.

* * *

Hemos de volver al punto de partida. A las raíces religiosas del entusiasmo medieval de don Miguel como “hombre de carne y hueso religioso”, que así podríamos muy bien definirle. Raíces también hispanas en este caso. Más claro no nos lo ha podido dejar legado que en estas líneas *Del sentimiento trágico de la vida* ¹⁰⁵:

Siéntome con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos. Y el quijotismo no es sino lo más deses-

¹⁰² *Con Borrow por Gales*; O.C., VIII, 780. Véase *El pozo de Santa Clara, leyenda sienesa de noche*; núm. 1389 de *Canciones y poemas de Hendaya*; O.C., XV, 621.

¹⁰³ Véanse *Aquiles, Ayas y Hércules*, con su remisión a la descripción de la belleza de la mujer medieval por Antero de Figueredo, al retratarnos éste a doña Inés de Castro (O.C., VIII, 867-68); y *La tragedia* cit. (O.C., VIII, 1039; “Y más que encarnaciones de una Helena helénica, parecen brumosas encarnaciones de una Isolda céltica, de rubia cabellera”).

¹⁰⁴ *Día de reyes: Día de magos*, artículo en *El sol*, el 6 de enero de 1932. Se refiere al *laus Hispaniae* de la *Estoria de España* de Alfonso X así: “¿Por qué se trastornó aquella lengua palaciana, engañosa —restauremos la vieja palabra que dejó caer luego el ingenio cultilatiniparlante— mega o mágica de tiempos del rey mayo Alfonso X, el que hizo ordenar las *Partidas*, aquella lengua del XIII que entonó tales loores al nombre conjurador y encantador y ensalmador de España?”; O.C., XI, 1082.

¹⁰⁵ O.C., XVI, 443.

perado de la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento que salió de ella¹⁰⁶.

Tenemos, pues, ya instalada la Edad Media, y por la puerta grande, en el tuétano del agonismo escatológico de don Miguel. Sabido es cuán enraizadamente vivió éste aquél en la historia que corría a su vera. Así las cosas, no nos puede extrañar de su cierto consuelo en el anuncio de una nueva posible Edad Media, de que algún signo le fue dado otear antes de apagarse, y muy poco antes por cierto. En 1933 recordaba en *Ahora*¹⁰⁷ como “el que esto os dice lo dijo hace cerca de veinte años en una revista ginebrina”¹⁰⁸; y el mismo año de su muerte, en el mismo diario, el 26 de febrero, luego de referirse, para ese hipotético futurible inmediato, a los cambios técnicos y sociológicos a prever, añadía más hondamente y del todo en su campo de agonía:

Y, puesto uno a cavilar, se dice: “¿Y en religión?” Porque esto es lo más profundo, lo más hondo de la mar de la Historia humana. Que hasta el fondo del océano llega el reflejo de la estrellada. ¿Es que el comunismo moscovita —en su mayor parte asiático— no contiene el germen de una religión —si no nueva, renovada—, de un recurso religioso, aunque sea ateo? Pues consabido es que el budismo es una religión sin Dios. Y sin otra vida ultramundana, eterna, que el nirvana, el inacabable sueño sin ensueños. Que es también, a su modo, un recurso.

De la visión primeriza con los ojos de la carne de los gigantes medievales de Bilbao por jubilar a esta otra visión postrimera con los ojos del espíritu de unas densas y gratas neblinas medievales por venir, había recorrido un camino muy largo el rector de Salamanca. Y a la manera de

¹⁰⁶ Cf. SÁNCHEZ ALBORNOZ: “Hace ya muchos años, con un gesto a un tiempo osado y tímido, apunté la teoría de que la empresa española en América había sido una proyección del medioevo hispano en el espacio y en el tiempo, y aventuré la tesis de que había prolongado las rutas medievales de España... Sigo hoy creyendo lo mismo... Descubrimos, conquistamos y colonizamos América siguiendo la trayectoria multiseccular de nuestro medioevo. No tuvimos que improvisar una política de expansión y de colonización más allá de las fronteras nacionales al comenzar la Edad Moderna. Continuamos aquende el Atlántico la historia peninsular de siete siglos” (*España* cit., II, pp. 501, 505 y 508). Y ANTONIO TOVAR: “¿Puede servir de algo este depósito medieval de fe peregrinante, ingenua, tal vez pecadora? Esperemos que al mundo del futuro, donde el acrecido poder mantendrá al hombre, sin trabajo, ansioso y sin descanso, esa procesión medieval, que despierta en mí compasión y casi vergüenza, le lleve una luz de esperanza” (*Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*; Madrid 1970, p. 25). Don Miguel distinguió bien las Edades Medias alta y baja, ésta Moderna más bien. Véase su reseña del libro de CARMELO DE ECHEGARAY: *Las Provincias Vascongadas a fines de la Edad Media* (San Sebastián 1895), en *O.C.*, VI, 273.

¹⁰⁷ *O.C.*, XVI, 895; *Tres españoles de trasantaño*.

¹⁰⁸ *O.C.*, VIII, 843; *Tempestades, revoluciones y recursos*.

los romeros medievales, sin prisa, por el camino en sí, de curva en esquina y de monte en llano. Pero siempre con la mirada hundida en el más allá del último horizonte. También los hombres de la Edad Media la posaron en aquel confin. Y por eso hemos podido viajar, de la mano de los textos de don Miguel, mucho más elocuentes que cualquier comentario subjetivo, por esos mismos caminos de aquella edad moza.

ANTONIO LINAGE CONDE

Sección de Historia
Facultad de Filosofía y Letras
Salamanca